



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
IZTACALA

“LOS PATRONES DE CRIANZA Y SU INFLUENCIA
EN EL DESARROLLO DEL AUTOCONCEPTO Y
AUTOESTIMA POSITIVOS EN EL NIÑO”.

TESINA

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
LIC. EN PSICOLOGÍA

PRESENTA:

EMMA NAVARRETE MARTÍNEZ

COMISIÓN DICTAMINADORA:

DIRECTORA DE TESIS: LIC. MARÍA LETICIA SÁNCHEZ ENCALADA

SINODALES: DR. ADRIÁN CUEVAS JIMÉNEZ

LIC. JOSE ESTEBAN VAQUERO CÁZARES



LOS REYES IZTACALA, TLALNEPANTLA, EDO. DE MEX., 2007



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*Quiero dedicar este trabajo
A mi familia que tanto amo
Gaby mi hija y Nacho mi compañero de esta vida
Que en las buenas y en las malas hemos estado siempre juntos.*



*Quiero agradecer al profesor
Jesús Arroyo Zamora ☩*

*Quien por él aprendí, que la familia no siempre está ahí.
Y que la gente que no está vinculada a uno, puede cuidarnos,
amarnos, y enseñarnos a confiar en las personas otra vez,
y que las familias no son biológicas.*

*Además aprendí con él, la verdadera esencia del ser humano,
su bondad, su humildad, su experiencia, su tenacidad
y su riqueza espiritual*

Gracias por todo Capy.



*Quiero agradecer
A la profesora Leticia Sánchez Encalada
por su gran apoyo, comprensión, confianza
y paciencia, que depositó en mí.*

Gracias por todo



INDICE

Introducción.....	p.p. 4
Capítulo 1. Definición de autoconcepto:	11
1.1 Formación y desarrollo del autoconcepto.....	14
1.2 Importancia del autoconcepto.....	19
Capítulo 2. Definición de la autoestima:	22
2.1 Formación y desarrollo de la autoestima.....	25
2.2 Importancia de la autoestima.....	28
Capítulo 3. Antecedentes históricos del autoconcepto y la autoestima:	31
Capítulo 4. Factores que inciden en la formación del autoconcepto y la autoestima:	35
4.1 Inteligencia emocional.....	35
4.2 Habilidades sociales.....	45
Capítulo 5. El autoconcepto y la autoestima desde diferentes teorías o enfoques:	52
5.1 Psicodinámica.....	53
5.2 Aprendizaje social.....	55
5.3 Desarrollo psicosocial.....	56
5.4 Humanista.....	61
Capítulo 6. Los patrones de crianza y el desarrollo del autoconcepto y la autoestima en el niño:	68
6.1 Los padres como constructores del autoconcepto y autoestima del niño	69
6.2 Patrones de crianza.....	73
6.3 Diversas investigaciones con respecto al autoconcepto y la autoestima	83
Conclusiones.....	87
Referencias.....	91

INTRODUCCION

El bebé cuando nace, aún no ha desarrollado un concepto de sí mismo como unidad; sencillamente percibe o tiene sensaciones físicas y sentimientos. Experimenta bienestar cuando es atendido por sus padres, y se siente mal cuando no le satisfacen sus necesidades básicas, lo que ocasiona el llanto, (Clark, 2000).

Cuando el niño se desarrolla, empieza a aprender a hablar y a ponerse a prueba en diferentes circunstancias, percibe la reacción de los demás hacia él, y es cuando comienza a desarrollarse un sentimiento del yo, y alrededor de los dos años se considera que ya tiene una autonomía y no es un apéndice de los padres, (Clark, 2000).

Se considera que el sentimiento del yo se forma en las primeras etapas de la vida, basándose solo en las reacciones de los demás hacia él. Y esta primera impresión del yo forma el sentimiento de la propia valía siempre y cuando ésta sea positiva ya que la idea que el niño tendrá de sí mismo será fuerte y sana, por lo que su desarrollo posterior tendrá cimientos sin problemas, sin embargo, cuando el niño solo experimenta sentimientos negativos, abandonos o rechazos, entonces empezará a vivir con sensación de inutilidad. En esta etapa el niño todavía no ha desarrollado habilidades mentales para contrarrestar las reacciones injustas, irracionales o neuróticas que los demás le demuestren, por mucho que las actitudes de las personas importantes para el niño no estén basadas en hechos reales, el niño, las aceptará como si fueran verdad, (Myers, 1998).

La autoestima no es genética o hereditaria, es decir no se nace con una autoestima alta o baja, más bien ésta se va formando o construyendo a través de las interacciones iniciales que se dan en el núcleo familiar. Debido a que cada individuo es diferente y tiene su propio ritmo para caminar, aprender a hablar, leer, escribir o andar en bicicleta, en suma, para desarrollarse son indispensables dos elementos: interactuar y convivir.

Coopersmith (1989), realizó investigaciones respecto a cómo la autoestima alta está significativamente determinada por la calidad de la relación entre el niño y los adultos

importantes en su vida, él encontró cinco condiciones asociadas a una alta autoestima en los niños:

1. El niño experimenta una total aceptación de sus pensamientos, sentimientos y el valor de su persona.
2. El niño funciona en un contexto de límites definidos e impuestos con claridad que son justos, no opresores y negociables, por lo cual el niño experimenta una sensación de seguridad, tiene una base clara para evaluar su comportamiento.
3. El niño experimenta respeto a sí mismo, como consecuencia de que sus padres no utilizan la violencia, humillación o el ridículo para controlar o manipular, ellos toman en serio sus necesidades, están dispuestos a negociar las reglas familiares dentro de límites escrupulosamente fijados.
4. Los padres tienen normas elevadas y altas expectativas por lo que respecta al comportamiento y al rendimiento, las cuales transmiten de forma benévola y no opresiva, se reta al niño a que sea lo mejor que se puede ser.
5. Los propios padres tienden a tener un alto nivel de autoestima, son ejemplos vivos de lo que el niño tiene que aprender.

En general podemos concluir que la autoestima tomará forma y matiz de acuerdo a lo que encontremos en el ámbito familiar y que la relación de los padres con los hijos, pueden facilitar o dificultar el desarrollo de una alta autoestima en el niño.

La importancia de la autoestima radica en como las personas se sienten y se perciben, debido a que esto puede afectar aspectos de su vida posterior como son el trabajo, el amor, el sexo, las relaciones con las personas que les rodean. Otro punto que nos refiere a la importancia de la autoestima es que el origen de dificultades psicológicas, como la angustia, y la depresión, el bajo rendimiento escolar la violencia familiar, las disfunciones sexuales, los suicidios pueden ser atribuibles a una autoestima baja, (Clark, 2000).

Estudiosos del desarrollo humano como Rogers y Maslow afirman que la autoestima es una parte fundamental para que el hombre alcance su plenitud y la autorrealización en la salud física y mental, productiva y creativa, es decir la plena expresión de sí mismo.

La elevada autoestima, “el sentimiento de valía personal aporta dividendos” la gente que tiene una buena opinión de sí misma, padece menos úlceras, menos noches de insomnio, sucumbe menos a las presiones que le impulsa el compromiso, es menos probable que utilice drogas, es más tenaz en las tareas difíciles, y en general es más feliz, (Broker y Hulton, 1978; cit. en Myers, 1995).

De tal manera que podemos considerar a la autoestima un elemento importante para el fracaso o éxito personal

Una persona con autoestima alta vive, comparte e invita a la integridad, honestidad, responsabilidad, comprensión y amor, siente que es importante, tiene confianza en su propia competencia y sus propias decisiones y debilidades. Por el contrario una persona con autoestima baja llega a creer que su valor como persona es nulo, no confía en sus propias decisiones, no toma la responsabilidad de su existencia, por lo cual su vida llega a depender de la gente que le rodea; en tales condiciones se genera el miedo, la agresividad, el rencor y la ansiedad, solo por mencionar algunas.

Los estilos de educación familiar o patrones de crianza que los padres emplean para la educación de sus hijos son llevados a cabo con una gran diversidad de estilos y formas de enseñar que de alguna manera influyen en su autoconcepto y autoestima del niño.

Ciertas características educativas tienden a asociarse con algunas cualidades de los niños, aunque no se sabe con certeza hasta que punto pueden llegar a ser afectados. Un estudio reportado por Diana Baumrind (1986; op. cit.) donde se contempla la conexión entre padres e hijos, encontró cuatro patrones de crianza; autoritario, permisivo, democrático y de negligencia (se explicarán en el capítulo 6).

Tomando en cuenta que la formación del individuo se lleva a cabo en particular durante la niñez temprana, donde se adquieren hábitos y conflictos. Coopersmith (1989), menciona que deben tomarse en cuenta los estilos de educación familiar porque tienen una estrecha relación con las puntuaciones de la autoestima.

En investigaciones que realizó Alban Metcalfe, (1981, cit. en Bee 1990), demostró que, los niños con alta autoestima por lo regular se desenvuelven mejor en la escuela que los niños con imágenes de sí mismos menos positivas, también encontró que ellos tienen un “locus de control” interno más que externo. Esto es, ellos se ven así mismos como responsables de su propio éxito o fracaso en lugar de considerar su conducta como controlada por aspectos externos tales como la suerte o los caprichos de los demás.

Bee (1990) encontró que el niño con una alta autoestima participa en la relación padre-hijo con una actitud diferente en comparación con el niño que piensa mal de sí mismo. También ellos tienen más amigos que los niños que tienen una menor autoestima.

Las personas con autoestima elevada a diferencia de los que tienen baja autoestima muestran tendencia a hacer valer sus puntos de vista, a tener un buen rendimiento escolar y a permitirse expresar ideas originales, (Bandura, 1992).

Si se suman estas características, se puede ver que el niño o persona adulta con una alta autoestima no solo piensa bien de sí misma, sino que generalmente tiene éxito; en la escuela en sus relaciones amistosas, en sus relaciones con sus padres. El sentido de autovalor es interno pero afecta una amplia gama de la conducta externa.

Otros estudios que se han realizado con respecto al tema, es el de Stanley Coopersmith (1989), quien ha sido uno de los principales investigadores en esta área sobre todo en relación con la familia, encontró que niños de edad escolar con un alta autoestima tenían padres también con alta autoestima, (por lo que sugirió que trabajar un poco a favor de la propia autoestima sería un buen paso si se tiene interés en sus hijos).

Baumrind (1972; cit. en Bee, 1990), realizó un estudio donde seleccionó a algunos niños que estaban contentos consigo- seguros, controlados dinámicos-, y los comparó con

unos niños que tenían baja autoestima, poca curiosidad, conducta exploratoria y seguridad baja. Los niños con mayor autoestima, seguridad y tendencia exploratoria tenían padres con la misma combinación de características.

Sarason (1981; cit. en Coon 2005), en investigaciones realizadas encontró que niños con madres muy sobre protectoras que no los dejan explorar más allá de su entorno, se convierten en niños temerosos y con síntomas de ansiedad.

En otro estudio, hecho por Sears y Cols, (1957; cit. en López y Domínguez 1997) en relación a las prácticas de crianza, reporta que las interacciones orientadas al amor, alabanzas, calor humano, razonamiento, hacen que disminuya la necesidad de conductas desviadas para llamar la atención.

Cuando el niño adquiere una serie de patrones por medio de su familia y se extrapola a su medio social, donde los ejerce y continúa retroalimentándose, este sistema de interacciones influirán directamente sobre aspectos como su autoconcepto y su autoestima, (Mussen, 1990; Piaget, 1995).

Si bien se han realizado diversas investigaciones al respecto, (y es relevante dado que esto nos puede permitir entender y desarrollar estrategias para el mejoramiento de la persona y su buen desarrollo en el núcleo en el que esté inmerso ya sea familiar o social); en el tema revisado hay poco, particularmente sobre análisis de población en niños en relación a patrones de crianza.

Los conceptos centrales de la teoría Cognitivo-Conductual de acuerdo a Fernández (1997), señalan que, por una parte el componente cognitivo es prerrequisito de lo emocional (aunque en realidad son dos caras del mismo proceso) y por otra parte que lo conductual al ser el aspecto observable es verificable. Sin embargo la presentación de estos eventos se da como una interrelación que conlleva a un círculo de retroalimentación: pensamiento-emoción-conducta-pensamiento-emoción... en donde el énfasis recae en el estudio de los pensamientos, de cómo es que la persona aprende la realidad, de cómo es que se le presenta o de cómo el contenido del pensamiento de una persona afecta su estado

emocional y como es que los significados determinan la respuesta tanto emocional como conductual en una situación determinada.

En base a lo anterior, teóricos cognitivo-conductuales, consideran que los esquemas del sí mismo vienen a fungir como organizadores de la información relevante para cada individuo. Los esquemas son estructuras cognoscitivas formadas por la organización básica de la información proveniente del interior del cuerpo y del medio ambiente y están constituidos por experiencias pasadas. Así, los esquemas determinan que datos de las nuevas experiencias son importantes, promoviendo un procesamiento de la información eficiente y coherente. Por lo tanto, los esquemas del sí mismo son los reguladores del sentir y actuar de la persona, ya sea que tenga comportamientos disfuncionales o funcionales y sentimientos que produzcan ansiedad y miedo o crecimiento personal y seguridad en sí mismo, etc.

Un gran número de teóricos han contribuido al surgimiento y desarrollo del enfoque cognitivo-conductual lo que ha generado una variedad de teorías que aseguran una diferencia en el modo de considerar los procesos psicológicos que enmarcan la existencia humana, entre ellos el autoconcepto.

El presente trabajo en su modalidad de tesina tiene como objetivo analizar la influencia de los patrones de crianza en la formación del autoconcepto y autoestima positivos en el niño. Por consiguiente, en el capítulo uno se describe la definición desarrollo e importancia del autoconcepto. En el capítulo dos se hablará sobre la definición, desarrollo e importancia de la autoestima. El tercer capítulo se refiere a los antecedentes históricos, con la finalidad de dar una explicación acerca de los sucesos que han formado parte de la evolución del concepto de sí mismo, así como descubrimientos que se realizaron. En la cuarta parte se hablará sobre los factores que inciden en la formación del autoconcepto y autoestima donde se desarrollará el tema de inteligencia emocional y se describirán los procesos de socialización en el niño, cuestiones que tienen mucho que ver con el tema principal. En el quinto punto se hace un breve análisis de los modelos conceptuales en relación al autoconcepto y la autoestima en el niño. En la sexta parte se

hará un análisis sobre cómo los padres, influyen en la formación del autoconcepto y la autoestima en el niño, donde se desarrollará el tema sobre patrones de crianza.

De tal manera que se realizará un análisis teórico descriptivo de la relación entre patrones de crianza y el autoconcepto y autoestima positivos en los niños.

CAPITULO 1. DEFINICIÓN DE AUTOCONCEPTO

Coopersmith y Machargo (1976,1991 cit. en Villa y Auzmendi 1999), definen el autoconcepto como la actitud valorativa que un individuo tiene hacia sí mismo, hacia su propia persona. Es la estima, los sentimientos, experiencias o actitudes que la persona desarrolla hacia su propio Yo.

Marchargo considera que la actitud está constituida por tres componentes:

Cognitivo: es lo que la persona ve cuando se mira a sí misma, el conjunto de rasgos con los que se describe y que, aunque no sean necesariamente verdaderos u objetivos, guían su modo habitual de ser y comportarse.

Afectivo: Son los efectos, emocionales y evaluaciones que acompañan a la descripción de uno mismo. Este componente coincide con lo que Coopersmith (1976; 212 op. cit.) define como autoestima, la evaluación que hace el individuo de sí mismo y que tiende a mantenerse; expresa una actitud de aprobación o rechazo y hasta qué punto el sujeto se considera capaz, significativo, exitoso y valioso.

Conductual: el concepto que una persona tiene de sí misma influye en su conducta diaria. El autoconcepto condiciona la forma de comportarse. La persona se guía en su conducta por las cualidades, valores y actitudes que posee sobre sí misma. La persona se suele comportar de una forma que concuerda con su autoconcepto.

Los mensajes que se reciben de los padres, compañeros, maestros y otras personas que se encuentran en el entorno. Las formas de interpretar estos mensajes determinan cómo se interpreta y define uno mismo, incluso el grado de competencia y de valor que uno se atribuye. Los humanos son animales sociales y buscan la aprobación de la sociedad, y la consiguen guiándose por las normas y estándares que ella establece, (Burns, 1982)

El autoconcepto es un término general que, de manera tradicional, se refiere a tres componentes principales:

1. Autoimagen.
2. Autoestima.
3. Sí mismo ideal.

La autoimagen se refiere a la manera en que uno se describe a sí mismo, el tipo de persona que uno piensa que es (le guste a uno o no).

La autoestima, es esencialmente evaluativa: se refiere al grado en el cual la persona se agrada y acepta o aprueba a sí misma, qué tan valiosa se considera. Coopersmith (1967;

cit. en Shea y Bauer 2000), la definió como “el juicio de valor personal, que se manifiesta en las actitudes que el individuo tiene hacia sí mismo”. La autoestima se considera como el modo en que el individuo evalúa su autoimagen, es decir, qué tanto agrado siente de sí mismo y como se considera. La autoestima también se determinará en parte por la manera en que la autoimagen difiere del sí mismo ideal, el tercer componente del autoconcepto. Entre mayor sea la brecha entre la autoimagen y el sí mismo ideal, menor será la autoestima.

De la misma manera en que uno representa y almacena información acerca de las personas, así se representa y almacena información sobre uno mismo, pero en una forma más compleja y variada; esta información acerca del sí mismo constituye el autoconcepto. Se tiende a tener concepciones muy claras acerca de uno mismo (es decir, esquemas del sí mismo), en ciertas dimensiones (como aquellas que son muy importantes para uno) pero no en otras. Por ejemplo, si alguien se considera una persona atlética, diferente de un individuo no atlético, y ser atlético es importante para esa persona, entonces tendrá un esquema de cómo siente que debería de ser bajo esos mismos parámetros (esto es parte de su autoconcepto), (Hogg y Vaughan, 1995:314 op. cit.).

Burns (1990; cit. en Villa y Auzmendi 1999), explica que del autoconcepto dependen las formas como los individuos interpretan las situaciones y el significado que le dan a sus experiencias. Es importante desarrollar y mantener un autoconcepto positivo dado el papel que éste juega en sus vidas, e influyen en los siguientes aspectos:

1. Consistencia interna: El autoconcepto permite a los individuos mantener un sentido de consistencia interna. Cada persona opera de manera distinta, las experiencias opuestas a la forma de pensar o de sentir del individuo causan disonancia, por consiguiente, el autoconcepto es algo que mueve a la persona a actuar en función de la forma en que se percibe, lo que le permite ser consistente consigo misma.
2. Interpretación de experiencias: El autoconcepto es una poderosa influencia para determinar el comportamiento del individuo porque permite la interpretación de las experiencias.
3. Establecimiento de expectativas. El autoconcepto es importante para modificar comportamientos presentes y establecer la dirección del desarrollo futuro, (Gurney, 1988; cit. en Schea y Bauer 2000).

Las concepciones que existen acerca del tópico autoconcepto son muy variadas e incluyen aspectos acorde con la teoría que los sustenta: cuestiones que van desde el aspecto subjetivo inconsciente y subjetivo consciente hasta el objetivo concreto o, incluso, ambos. Sin embargo, todas ellas coinciden en que el autoconcepto tiene incidencia directa sobre los comportamientos, pensamientos y sentimientos de la persona y todo lo que esto implica. En realidad no se puede estipular que la concepción que aporta un determinado enfoque psicológico acerca del autoconcepto sea más válida que otra, ya que cualquiera de éstas es

valida dentro de los cánones establecidos por su conceptualización tanto del individuo como de la realidad.

El autoconcepto de una persona tiene una dimensión social y se aprende como consecuencia de la experiencia, es decir, al interactuar con el mundo físico y con personas “significativas”. Mestre y Frías (1985; cit. en Bandura, 1992) Por lo tanto, el autoconcepto es un constructo dinámico, que se modifica a lo largo del desarrollo y que se adquiere a partir de las experiencias del sujeto y de su interacción social, (Mestre, Frías; 1985 y Burs, 1990: cit. en Villa y Ausmendi 1999)

No obstante, en base a lo anterior se considera que tiene un autoconcepto positivo quien presenta las siguientes características:

- Se siente orgulloso de sí mismo
- Se compara con otros y miden su propia valía
- No se lamenta de sus limitaciones.
- Se acepta tal y como es.
- Cree que tiene aptitudes y poco a poco las va desarrollando.

Y se considera con autoconcepto negativo quien presenta lo siguiente:

- Sentimientos de incompetencia personal y de desilusión.
- Lucha constantemente por una aceptación social, y en su desempeño académico.
- Con frecuencia considera que tener éxito no está a su alcance.
- Frecuentemente se siente rechazado y excluidos.
- Se siente incapaz para triunfar en la vida, aprender y progresar.
- Se cree que no es apto para ciertas situaciones aunque sí lo sea.
- Vive constantemente tratando de sostener una imagen que no es, lo cual le traerá estados de angustia, ansiedad y hasta desesperación, (Rodríguez, 1988).

1.1 Formación y desarrollo del autoconcepto

El autoconcepto, no es innato, esto es, no se nace con un concepto propio determinado, por el contrario, “se construye y define a lo largo del desarrollo por la influencia de las personas significativas del medio familiar: escolar y social y como consecuencia de las propias experiencias de éxito y fracaso”, (Machargo, 1991, p.33; cit. en Villa y Auzmendi 1999).

En este proceso no todas las personas que rodean al niño tienen la misma influencia en la formación de su autoconcepto. Así en los primeros años la formación sobre sí mismo la recibe, casi exclusivamente, de los padres y familiares que están próximos. Sin embargo, a medida que el niño crece, aparecen otras personas significativas como son los profesores, compañeros y amigos.

En la teoría del aprendizaje social, se considera que el niño adquiere el autoconcepto por medio de un proceso de “imitación” a través del que incorpora en sus propios esquemas las conductas y actitudes de las personas que son importantes para él, y además al identificarse con ellas imita y hace suyas sus características. De este modo, va formando un concepto propio parecido al de las personas que le rodean.

En ambas teorías se puede ver que padres, profesores, compañeros y amigos son importantes en la formación del autoconcepto. A partir de las manifestaciones y acciones de estas personas los niños adquieren conciencia de ser sujetos dignos de aprecio o de menosprecio.

Así, los padres juegan un papel importante en la formación del autoconcepto de sus hijos. Numerosos estudios demuestran que los niños con padres afectivos, cálidos y atentos suelen tener mayor grado de autoestima que los niños de padres que son fríos y despegados de sus hijos. También se ha observado que existe una relación importante entre los comentarios despectivos, pesimistas y negativos que hacen los jóvenes sobre sí mismos y la falta de actitudes cariñosas que sus padres tienen hacia ellos.

Existen dos enfoques o modelos que explican la evolución del autoconcepto:

- Cognitivo
- Ontogénico o evolutivo

En el enfoque cognitivo, el desarrollo del autoconcepto es un proceso que conlleva tanto cambios cuantitativos como cualitativos. A medida que pasan los años el autoconcepto va incrementando su contenido. El sujeto percibe, paulatinamente una mayor cantidad de rasgos de sí mismo tanto físicos, como psíquicos y sociales. Estas características son, con el transcurso del tiempo, cada vez más diferenciadas.

En el enfoque Ontogénico o Evolutivo, se analiza cómo el autoconcepto emerge y perfila a través de distintas etapas del desarrollo. A medida que el niño va creciendo su autoconcepto se va formando y concretando, en cada periodo de la vida el autoconcepto tiene características específicas. Ecuver (1985; op. cit.), quien propone seis etapas o puntos de referencia, estas son las siguientes:

I. De 0 a 2 años

Donde el yo comienza a desarrollarse desde el nacimiento. Inicialmente el niño no tiene conciencia de una existencia separada y diferenciada de su madre. Por tanto, el aspecto dominante en esta etapa es la emergencia del autoconcepto a través del proceso de presentación, entre aquellos que son “sí mismo” y lo que es “el otro”. Aquí la primera distinción entre el yo y el no yo se efectúa a nivel de la imagen corporal. A través de los múltiples contactos con la madre el niño aprende a distinguir su cuerpo de aquello que no lo es.

Algunos autores señalan la importancia de las relaciones sociales y afectivas que se establecen en esta primera etapa con las personas del medio.

II. De 2 a 5 años

La aparición del lenguaje marca el comienzo de una fase de consolidación del sí mismo. Empieza la utilización de los términos “yo” y “mío” lo que indica una conciencia más precisa de sí mismo y una clara diferenciación de los demás. Ecuyer señala que la etapa entre los 2 a los 5 años se caracteriza por la elaboración de las bases del autoconcepto. Estas se forman a partir de las posesiones, el lenguaje, la identificación y la diferenciación de las personas significativas o importantes. A su vez las reacciones de éstas influyen en el sentimiento de valía personal que va formando el niño.

III. De 5 a 10/12 años

A este periodo se le denomina expansión del sí mismo, aquí el autoconcepto se hace más realista y rico, se va definiendo y perfilando en virtud de las experiencias, exigencias y expectativas a que da lugar el mundo escolar.

IV. Adolescencia (de los 10-12 a los 15-18 años)

Es la etapa en la que el autoconcepto se perfila de tal modo que el individuo se identifica como ser singular, “diferente de los demás”, (Machargo, 1991: p. 22 op. cit.).

La maduración física que tiene lugar en estos años contribuye a ese proceso de definición del autoconcepto. Las transformaciones físicas hacen que el adolescente vuelva a centrar la atención en su imagen corporal. Debe llegar a aceptar esas transformaciones para que de ese modo pueda adaptarse de una forma válida a su propio sexo y al contrario. Esta integración de la nueva imagen corporal contribuye a la valoración de sí mismo y la afirmación del sentimiento de identidad.

La adolescencia se caracteriza, también por la conquista de la autonomía personal donde el adolescente intenta distinguirse de sus padres, la indeterminación en la que se halla le lleva a identificarse, aunque sea temporalmente, con otros grupos que se encuentran en sus mismas circunstancias.

V. La madurez adulta de los 20 a los 60 años

A pesar de que sean muchos quienes piensan que el desarrollo del autoconcepto termina después de los primeros veinte años de edad, cada vez se acepta más ampliamente la idea de que la persona evoluciona durante toda su vida.

En el periodo comprendido entre los 20 y los 60 años el autoconcepto no sólo evoluciona sino que puede ser sometido a reformulaciones periódicas en función de una serie de acontecimientos importantes que ocurren en este periodo de la vida, como son el inicio de la vida laboral, las experiencias de éxito o fracaso en el trabajo, el matrimonio el status socioeconómico, cultural. etc. Todos estos elementos inciden, indiscutiblemente, en la valoración que la persona tiene sobre sí misma.

VI. El autoconcepto en las personas de edad avanzada: 60 años y más

Desde hace ya algunos años se admite la hipótesis de que el autoconcepto puede y de hecho cambia a partir de los 60 años. Este cambio tiende a ser, generalmente, negativo. En este hecho influyen la percepción que tiene la persona de la disminución de sus capacidades físicas, la enfermedad, el retiro, la pérdida de identidad social y profesional, etc. Todos estos elementos conducen, obligatoriamente, a una reformulación de su autoconcepto, de su valor personal.

El periodo que analizaremos es el que comprende la etapa infantil donde considera Villa y Auzmendi (1999), que el yo, está cambiando y cualquier desajuste o problema que aquí se presenta, puede tener consecuencias negativas o positivas.

Proponen cuatro aspectos característicos de este periodo.

De autonomía: Donde el niño necesita, en este momento, conseguir una clara diferenciación de los demás. Desea lograr un sentimiento de valía personal, afianzar su individualidad.

De confianza: Al mismo tiempo que el niño lucha por su independencia, busca seguridad, confianza en el medio, en su familia, necesita un lugar donde refugiar sus sentimientos.

De evolución física: El niño es muy consciente de los cambios físicos que le están ocurriendo, de su apariencia y de su competencia física en comparación con la de sus compañeros.

Mundo escolar y social: Con el comienzo de su asistencia al colegio el niño empieza a abrirse a un mundo nuevo, el escolar en concreto y el social en general.

Todos y cada uno de estos aspectos son constitutivos del autoconcepto del niño de 5/6 años. “No se puede pensar en este constructo bajo un aspecto unidimensional sino que hay una serie de elementos concretos que están incidiendo, uno a uno, en su evolución y desarrollo”, (Villa y Auzmendi 1999).

Gurney (1981; cit. en Shea y Bauer 2000), considera que el autoconcepto se aprende, que los elementos para la construcción del autoconcepto son los mensajes que se reciben de los padres, compañeros, maestros y otras personas que se encuentran en el entorno. Las formas de interpretar tales mensajes van a determinar la forma de cómo se concibe y define uno mismo, e incluso el grado de competencia y de valor que uno se atribuye. Los humanos son animales sociables y buscan la aprobación de la sociedad, y la consiguen guiándose por las normas y estándares que ella establece, (Burns, 1982; op. cit.).

En general, se han considerado a los padres como principales constructores del autoconcepto durante los primeros años del niño, ya que la forma en que lo tratan y lo perciben, es lo que influye en la manera de pensar acerca de sí mismo. Si los padres lo protegen demasiado, el niño puede sentir la necesidad de protección, aunque no la necesite. Se considera que cuando los padres asignan cualidades a sus hijos y los tratan como si tuvieran esas cualidades, los niños aceptan esas etiquetas y construyen su concepto de sí mismos, comportándose como si las atribuciones de los padres fueran correctas.

1.2 Importancia del autoconcepto

En las últimas décadas los educadores y los psicólogos se han interesado por el autoconcepto y la autoestima en la medida de que piensa que estos aspectos están muy relacionados con el proceso educativo en general, y más específicamente con la “educación afectiva”.

La estimación que un individuo siente hacia su propia persona es de suma importancia para su experiencia y desarrollo vital, para su salud psíquica, su actitud ante sí mismo y ante los demás. El concepto de sí mismo influye de forma decisiva en cómo ve los sucesos, los objetos y las demás personas en su entorno. El autoconcepto influye, por lo tanto, considerablemente en la conducta y las vivencias del individuo, (Villa y Auzmendi 1999).

Machargo (1991; op. cit.) señala, que es necesario tener un autoconcepto positivo para que el individuo consiga una adaptación adecuada, para la felicidad y para un funcionamiento eficaz.

Se han realizado múltiples investigaciones de donde se ha deducido la importancia de la propia estima para una adecuada conducta social, afectiva e intelectual. Se ha observado que si no se posee un autoconcepto adecuado la persona no puede estar abierta a sus propias experiencias afectivas, especialmente a los aspectos desfavorables de su carácter. Por otra parte, una persona con escasa autoestima no se muestra tal y como es ante los demás sino que representa ante ellos los papeles que considera oportunos en cada momento. Aspectos como la autodeterminación o la independencia afectiva se ven también afectados negativamente por la no posesión de un autoconcepto desarrollado. La falta de

autoestima influye notablemente en el bienestar espiritual, en el propio nivel de satisfacción y, sobre todo, en la propia salud y capacidad psíquica.

La posesión o no de un autoconcepto fuerte influye tanto sobre la propia persona como sobre los demás. Por el contrario, las personas con un mal concepto de sí mismas y con una percepción apreciativa distorsionada resultan compañeros difíciles. Con frecuencia están a la defensiva y sus tensiones internas hacen, a menudo, difícil el contacto con ellas. El autoconcepto no es un elemento más de la personalidad sino un factor fundamental de ella. El tener una consideración adecuada de uno mismo es importante para el buen funcionamiento del psiquismo humano, (Villa y Auzmendi, 1999).

El autoconcepto es influyente en el desarrollo de sus relaciones sociales del individuo, ya que aspectos como amistad, ayuda pro social, etc., reflejan una comprensión acerca de los demás y de sí mismo. Hasta la mitad de la infancia, no hay una clara comprensión cognoscitiva y no es hasta los 4 o 5 años donde son más capaces de mantener relaciones más afectivas aun con los desconocidos, (Gottman, 1989; op. cit.).

Por su parte Burns (1982; cit. en Shea 2000) explica que el autoconcepto depende de las formas de cómo las personas interpretan las situaciones y el significado que le dan a sus experiencias y considera, que es importante desarrollar y mantener un autoconcepto positivo dado el papel que éste juega en la vida de estos, de tal manera que influye en los siguientes aspectos:

Consistencia interna: Las experiencias opuestas a la forma de pensar o de sentir del individuo causan disonancia, por consiguiente, el autoconcepto es algo que mueve a la persona a actuar en función de la forma en que se percibe, lo que le permite ser consistente consigo misma.

Interpretación de experiencias: El autoconcepto es una poderosa influencia para determinar el comportamiento del individuo por que permite la interpretación de las experiencias.

Establecimiento de expectativas: Un autoconcepto poco desarrollado puede resultar en expectativas personales escasas, medias o altas.

En general el autoconcepto es importante, para modificar comportamientos presentes y establecer la dirección del desarrollo futuro, (Gurney, 1988; op. cit.).

CAPITULO 2. DEFINICIÓN DE LA AUTOESTIMA

La primera definición de autoestima, la encontramos en the Oxford English Dictionary, (Steinem, 1996)

Donde la explica como “una apreciación y opinión favorable de uno mismo”, y cita usos del término desde el año 1600. A partir de entonces, varios puntos de vista teóricos han dado lugar a un gran número de definiciones.

De esta manera, Maslow la categorizó en 1954 como una necesidad, y más tarde en 1962 sostiene que la autoestima es el sentirse capaz de dominar algo del medio ambiente y saberse competente e independiente. White, en 1964, la define como una consecuencia del nivel de competencia o habilidades; Gross (1998), considera que la autoestima es esencialmente evaluativa y al igual que Coopersmith, quien define a la autoestima como la evaluación que efectúa y generalmente mantiene al individuo con respecto a sí mismo, expresa una actitud de aprobación y de no aprobación e indica que el individuo se cree capaz, importante, digno y con éxito.

Sears (1970; cit. en López y Domínguez 1997), concluyó que las metas a las que aspira el sujeto son importantes para su autoestima, de la misma forma que la convicción de lograrlas, de manera que las expectativas de logro influyen sobre el nivel de autoestima. En este sentido Kagan (1989), afirma que el amor y el aprecio son valores que conducen al desarrollo de una autoevaluación positiva mientras que la crítica y el rechazo originan imágenes derrotistas.

De acuerdo con Branden (1993), la autoestima es la experiencia de ser aptos para la vida y para sus requerimientos: es la confianza en la propia capacidad para pensar y afrontar los desafíos de la vida, es el propio derecho a ser felices: el sentimiento de ser dignos, de merecer, de tener derecho a afirmar las necesidades y a gozar de los frutos del esfuerzo. En su obra “El poder de la autoestima” (1993), dice que un ser humano no puede esperar realizarse en todo su potencial sin una sana autoestima.

La autoestima es un tipo de pensamiento auto-referente que tiene que ver con la evaluación de valía y dignidad y depende de cómo la cultura valora los atributos que uno posee y qué también se ajuste a la conducta personal a los estándares personales de

dignidad y valía; habla también de la eficacia percibida la cual tiene que ver con el juicio de las capacidades personales, (Bandura, 1992).

A la autoestima se le considera como un indicador de salud mental, también como un factor etiológico en la depresión, en la ansiedad y problemas de alcoholismo, (Fitsen, 1992; Beek, 1967; Rosenberg, 1962, y Mc Cord, 1960; cit. en Fernández 1995)

La definición más difundida, se encuentra en Toward a State of Promote Self an Personal and Social Responsibility (Oficial del Grupo de trabajo de California para promover la Autoestima y la Responsabilidad Personal y Social 1990), (Velásquez 2000).

Donde nos dice que la autoestima se define como el apreciar el propio valor e importancia y tener la entereza de ser responsable de si mismo y actuar también con responsabilidad hacia los otros.

Sin embargo la investigación sobre autoestima ha sido enfocada desde diferentes perspectivas. Weells y Marwell (cit. en Hodges 1996), la subdividen en cuatro grupos básicos: como actitud de aprobación o desaprobación hacia uno mismo; como discrepancia entre las metas y logros; como respuesta psicológica al proceso actitudinal o perceptual; como componente regulador del sistema del sí mismo ante la tensión.

La autoestima es una realidad psicológica multidimensional; así se puede hablar de autoestima física para referirse a la valoración que un niño o una niña hacen de su aspecto físico o de sus destrezas y habilidades corporales; pero también de autoestima social para referirse a la valoración que hacen de las relaciones con sus padres, con sus compañeros y, más en general, con todas las personas significativas; y también de la autoestima académica en referencia a la valoración que esos mismos sujetos hacen de su rendimiento en lectura, escritura, matemáticas conocimiento del medio, estas dimensiones van cambiando con la edad, en la adolescencia se produce una diversificación de algunos de esos contenidos, donde se toman en cuenta aspectos como, amistades íntimas, atractivo ante los demás y capacidades relacionadas con la elección profesional, (López, Etxebarria y Fuentes, 1999)

El autoaprecio ha sido tradicionalmente conceptualizado en términos de autoconcepto (Rogers, 1959; Wylie, 1974, cit. en Bandura, 1992). Para Bandura (1992),

el autoconcepto es una visión de uno mismo que se forma a través de la experiencia directa y de las evaluaciones hechas por personas significativas que el sujeto adopta, por lo que algunos autores consideran que no debemos confundir los términos de autoestima y autoconcepto

Así para Mc. Candlesel (1975; cit. en Bandura, 1977), el auto-concepto connota el área de experiencia y autoevaluación esencialmente privada (aun cuando se traslada a la acción a través de lo que sentimos y hacemos, por actitudes que tenemos y creencias que expresamos) que sintetiza todas las experiencias sociales y personales que el niño ha tenido y que le permiten distinguirse como individuo, y más tarde, articular la conciencia personal y autoevaluación. Describe al autoconcepto como una serie de expectativas a las que se agregan autoevaluaciones de las áreas o conductas con referencia a las cuales estas expectativas se tienen.

En sí el autoconcepto se refiere a la imagen que el individuo tiene de sí mismo. Es la visión introspectiva de su apariencia física, sentimientos, actitudes, personalidad y valores. Es la respuesta a la pregunta: “¿Quién soy yo?” Es el contenido de las autopercepciones, (Andersson & Aceves, 1978; cit. en Velásquez 2000)

La autoestima, en cambio, representa las actitudes, valores y autoevaluaciones que el sujeto hace de su autoimagen. Coopersmith cita el siguiente ejemplo: una persona puede verse como maldosa, activa y medianamente hábil (autoimagen), y concluir que es popular, capaz, y hacer una apreciación positiva de sí misma (autoestima). Otra persona, con la misma autoimagen, puede llegar a conclusiones negativas sobre sí misma, (Verduzco, 1989).

La autoestima tiene dos aspectos interrelacionados: un sentido de eficacia personal (autoeficacia), y un sentido de mérito personal (autodignidad). Ambos, sumados en forma integrada, constituyen la autoestima; son los pilares duales de la autoestima positiva, es una predisposición a experimentarse competente para afrontar los desafíos de la vida y digno de éxito y felicidad, (Branden, 1993).

2.1 Formación y desarrollo de la autoestima

Según Clarck, Clemens y Bean (2000), el concepto del yo y de la autoestima se desarrollan gradualmente durante toda la vida, empezando en la infancia y pasando por diversas etapas de progresiva complejidad. Cada etapa aporta impresiones, sentimientos e, incluso complicados razonamientos sobre el yo. El resultado es un sentimiento generalizado de valía o de incapacidad.

Al nacer un bebé, no ha desarrollado un concepto de sí mismo como unidad: solamente “experimenta” una sensación general de bienestar cuando mama, o le abrazan sus padres, cuando se le sonríe, cuando está “calientito y le alimentan”. Se siente bien si le satisfacen sus necesidades físicas básicas y percibe un clima emocional cálido y estimulante. Al contrario, se siente mal cuando no se le satisfacen esas necesidades básicas: cuando tiene que llorar mucho tiempo hasta que le dan de comer, o no le cambian y está mojado y tiene frío, cuando no se le evitan las caídas o cuando recibe una atención emocional y física insuficiente.

Posteriormente, conforme se desarrolla el niño, empieza a aprender a hablar, se pone a prueba en muy diferentes circunstancias y percibe cómo reaccionan los demás hacia él, también comienza a desarrollar un sentido del yo. Hacia los dos años, el niño ya tiene una sensación de autonomía y posee cierta conciencia de ser una persona y no un apéndice de la madre y del padre.

El primer concepto del yo se forma en estas primeras etapas de la vida, y práctica mente se basa sólo en las reacciones de los demás hacia el niño. Cuando un padre dice: “Que niña tan buena”, la niña recibe la impresión de que es “buena” por inconcreta que sea esa expresión. Asume, es decir, se apropia de esas y otras palabras positivas dirigidas hacia ella para formar en su interior un concepto de su yo, que une a sus sentimientos, al estímulo de las sonrisas, a las expresiones de ánimo y de apoyo, a las aprobaciones con un gesto de cabeza, y a las sensaciones físicas como abrazos, besos o caricias. La primera idea y sensación amplia del yo, procede de las reacciones de aquellos otros que son importantes para el niño, sobre todo la familia, esa primera impresión del propio yo, según Clarck, et al. (2000), forma la semilla del sentimiento de la propia valía; siempre que esta sea positiva, la idea que el niño tendrá de sí mismo será fuerte y sana; experimentará una sensación de bienestar y de valor procedente del hecho de ser aceptado y amado y de las respuestas positivas obtenidas de los padres. Todo su desarrollo posterior podrá basarse sin problemas sobre estos cimientos. Pero si el niño

sólo experimenta sentimientos negativos, abandonos y rechazos, inmediatamente empezará a vivir con una sensación de inutilidad.

Una vez pasada la primera infancia, el niño amplía su experiencia del mundo fuera de su familia; es cuando se relacionan con parientes, vecinos y más adelante con maestros y compañeros de clase. Las respuestas de todos ellos se van sumando al complejo concepto del yo. Durante esta etapa va perfeccionando sus capacidades mentales y perceptivas y puede incluso comenzar a reconocer y valorar las relaciones hacia su persona antes de aceptarlas como propias.

Esta facultad consciente, la habilidad mental y perceptiva que permite al niño valorar por sí mismo la realidad, es una de las mejores defensas ante las falsas etiquetas y los juicios irracionales que emiten los demás, de lo contrario, cuando crezca, sufrirá cuando se encuentre con otros que se comporten con él irracional e injustamente, pero si tiene la capacidad de entender la situación y sus consecuencias, podrá mantener su entereza y la sensación de su propia valía y tener así, una buena base para su autoestima.

Se considera que cuando llegan a la adolescencia, siendo este uno de los períodos más críticos para el desarrollo de la autoestima. Según el psicoanalista Erik Erikson, durante la infancia necesita hacerse con una firme **identidad**; o lo que es lo mismo, saberse individuo distinto de los demás, conocer sus posibilidades y su talento y sentirse valioso como persona que avanza hacia un futuro. Son los años en que el niño pasa de la dependencia a la independencia y a la confianza en sus propias fuerzas. Es una época en que se toman en cuenta cuestiones básicas como vocación, planes para ganarse la vida, la capacidad para salir adelante, para relacionarse con el sexo opuesto, Y añade que, si a estos aspectos se le suman todos aquellos conflictos de la niñez que no se hayan resuelto y que surjan de nuevo, conflictos que habrá que afrontar también.

Cuando la base y los cimientos de la identidad de un individuo son firmes, esa imagen puede servirle para su autoestima durante el resto de su vida.

El niño se presenta mas adelante con la opinión y el sentido de la propia valía que haya adquirido en la infancia; todo ello se transformará casi por completo durante la adolescencia, añadiéndose muchas impresiones que formarán un nuevo sentido de la propia valía, mucho más personal.

Sin embargo Harvey (1976), considera que desde el nacimiento, los niños empiezan a desarrollar sentimientos positivos y negativos respecto a ellos mismos. Y añade que, las edades más importantes para el desarrollo de la autoestima son la niñez temprana y media (tres-diez años). En esos años los niños se concentran en los sentimientos que tienen respecto de ellos y su valor personal. Los niños que se sienten “bien” consigo mismos y se ven como personas valiosas, tienen elevada autoestima; los niños que continuamente tienen sentimientos negativos o “malos” poseen baja estima propia.

También se hace referencia que los valores de la sociedad son importantes para determinar la autoestima del niño y gran parte de la retroalimentación positiva y negativa de la valía que el niño siente proviene de este entorno. Si en la sociedad se valora la fuerza más que la inteligencia, entonces el niño más fuerte tendrá una retroalimentación positiva.

Hernández (1999), señala que la interacción con el ambiente, y la retroalimentación que recibe el niño de las personas que forman parte de su contexto familiar y social es la contingencia que moldea su autoestima.

El desarrollo de la autoestima es un proceso circular. Es decir si el niño tiende a estar bien, si confía en sus capacidades; sus éxitos le llevan a incrementar más su autoestima. Por lo tanto, los niños que no van bien es debido a que carecen de autoestima, (Mussen, 1990).

2.2 Importancia de la autoestima

La importancia de la autoestima positiva adquiere relevancia en la vida del ser humano ya que es un factor clave en el desarrollo de un buen ajuste emocional y cognitivo, una buena salud mental y unas buenas relaciones sociales, (Bednar; Wells & Peterson, 1989; cit. en Branden 1993).

Por el contrario una baja autoestima ha sido considerada por diversos autores y modelos teóricos como el núcleo central de problemas emocionales. Así los criterios diagnósticos de la sintomatología depresiva y los modelos psicológicos explicativos de

la depresión se refieren a la pérdida de la autoestima y el estilo atribucional como los aspectos nucleares de dicha patología, (Seligman y Cols, 1984; op. cit.).

La importancia de la autoestima radica en como nos sentimos con respecto a nosotros mismos, debido a que esto afectara todos los aspectos de nuestra vida como son el trabajo, el amor, el sexo, las relaciones con las personas que nos rodean. Otro punto que nos refiere a su importancia es que el origen de dificultades psicológicas, como la angustia, y la depresión, abuso del alcohol o de las drogas, el bajo rendimiento en el trabajo o estudio, la violencia familiar, las disfunciones sexuales, los suicidios pueden ser atribuibles a una autoestima baja, entre otros aspectos, (Branden, 1993).

Estudiosos del desarrollo humano como Rogers y Maslow (citados en Rodríguez 1988), afirman que la autoestima es una parte fundamental para que el hombre alcance la plenitud y la autorrealización en la salud física y mental, productiva y creativa, es decir la plena expresión de sí mismo.

Otros autores consideran que la autoestima tiene una importancia capital para un buen ajuste psicológico, pues se refleja en la felicidad personal y el funcionamiento eficaz tanto en los niños como en los adultos. Quienes tienen una autoestima alta, abordan las tareas y a otras personas con la expectativa de tener éxito y ser recibidos; por consiguiente siguen sus propios juicios, expresan sus convicciones y se atreven a proponer ideas novedosas. De lo contrario, tienden a mostrarse temerosos, de expresar ideas poco comunes y evitan el llamar la atención, “suelen vivir en las sombras de los grupos sociales, escuchan más que hablar, prefieren la soledad y el retraimiento que al intercambio de la participación”, (Mussen 1990; p. 67)

También Janis (1954; cit. en Coopersmith, 1989) al conducir una investigación, llegó a la conclusión de que las personas con baja autoestima son más sumisas y menos capaces de distinguir estímulos amenazadores que las personas con autoestima alta. Así mismo las personas con alta autoestima son más propensas a asumir roles activos en los grupos, a expresar sus puntos de vista con frecuencia y de manera afectiva, están menos invadidas de temores y ambivalencia, menos preocupadas por sentimientos de duda y desórdenes de personalidad, y se conducen más directa y realistamente a sus metas.

En diversos estudios realizados se ha encontrado que los niños con baja autoestima, se autoperceben como incompetentes, y presentan sintomatología depresiva (Cole, Martin y Powers, 1997; Cole, Martin, Peeke, Seroczynski y Hoffman, 1998; Crocker y Hakim-Larson, 1997) citados en Hernández (1999). También se ha observado que los niños que gozan de la aceptación y aprobación social de sus compañeros presentan un mejor concepto de ellos mismos. La aceptación social es en este caso la demostración de que su comportamiento tiene un impacto favorable sobre su contexto social, propiciando que el niño se sienta competente para actuar socialmente y fortalezca su autoestima. Jackson, Bracken (1998), y Maltais (1998; op. cit.), encontraron, en el caso de la competencia social, que el impacto de ésta, dado en forma de aceptación social, puede diferenciar claramente a los niños ignorados por sus compañeros como los de autoestima más devaluada, y a los aceptados como los de mayor autoestima.

Se puede decir, entonces, que todos necesitamos tener autoestima, independientemente de nuestro sexo, edad cultura, trabajo y objetivos en la vida. La autoestima afecta prácticamente a todas las facetas de nuestra vida. Basta decir que muchas investigaciones psicológicas rigurosas indican que si se satisface esta necesidad de autovaloración, también pueden satisfacerse otras necesidades más expansivas; la creatividad, los logros personales, la realización de todo nuestro potencial. Las personas que se sienten bien consigo mismas suelen sentirse bien en la vida; son capaces de afrontar y resolver con seguridad los retos y las responsabilidades que ésta les plantea.

Dijo Goethe “La peor desgracia que le puede suceder a un hombre es pensar mal de sí mismo”; John Milton en su Paraíso Perdido comenta: “Nada beneficia más al hombre que su autoestima” y Bernard Shaw: “El interés del hombre por el mundo es solamente reflejo de los intereses en sí mismo”, (Rodríguez 1988).

Con esto podemos decir que la autoestima puede ser la clave del éxito o del fracaso personal.

CAPITULO 3. ANTECEDENTES HISTORICOS DEL AUTOCONCEPTO Y LA AUTOESTIMA

Desde principios de la historia, el hombre se ha preguntado con respecto al mundo que le rodea y ha tratado de dar explicaciones del por qué de los sucesos que observa y de algunos de los cuales ha llegado a constituirse. Sin embargo, a partir del momento en que empieza a formar parte de pequeños grupos sociales y tiene como finalidad preservar su existencia, se da cuenta de que los integrantes del grupo, incluso él mismo, tienen ciertas características comunes y al mismo tiempo poseen aspectos distintos a los suyos, como puede ser la manera de comportarse.

A medida de que el ser humano va evolucionando, su vida se va complejizando cada vez más, así los descubrimientos que hace son cada vez mayores, sus grupos sociales van creciendo y sus carencias se satisfacen al mismo tiempo que surgen otras nuevas. Pero por la necesidad de comprender lo que le rodea se extiende hasta involucrar sus relaciones sociales con otros y su propia persona, por lo que la satisfacción de esta necesidad se encuentra en la búsqueda de las causas de la conducta de los demás y la de sí mismo, esta inquietud por comprender a los otros pero sobre todo a sí mismo se traduce en preguntas como: ¿quién soy?, ¿por qué estoy aquí?, ¿por qué soy así?, entre otras; y es el afán por encontrar respuesta a estas interrogantes que, en primer lugar, piensa y elabora supuestos tratando de encontrar la verdad que las respuestas a dichas preguntas develarán y posteriormente nace el interés por investigar sobre su propia existencia, acerca de lo que hace, de lo que siente, de lo que piensa, en relación a sí mismo, en relación a su autoconcepto y sus consecuencias en su vida total.

Uno de los primeros hombres en retomar lo anterior fue el filósofo Sócrates, quien consideraba que el hombre tiene una tendencia fundamental hacia el bien, el cual se identifica con la sabiduría: pero si los hombres se comportan de acuerdo al mal se debe a que no ha adquirido la sabiduría que les permita evitar comportarse de esta manera. Señala entonces que el conocimiento de sí mismo representa la base tanto de la acción del hombre como de su pensamiento; y si el conocimiento es real. El sentimiento y la acción coincidirán con el bien. Además que para Sócrates el inicio de todo aprendizaje se encuentra en el conocimiento del sí mismo, es por esto que coloca en el centro de su pensamiento la inscripción del oráculo de Delfos: “conócete a ti mismo”.

Probablemente porque consideraba que todo cuanto conoce el hombre proviene de la iluminación de nociones (oscuras y confusas) que tenía en el espíritu.

Por su parte, los filósofos estoicos, ya en la etapa de la decadencia de la filosofía griega, proponen, que existe una libertad interna que representa una forma de liberación, Así, el hombre libre es aquel que es consciente de sus propias determinaciones y que, conociéndolas, es capaz de aceptarlas. La libertad viene a ser, entonces, una forma de entender al mundo y la vida de los hombres incluyendo la propia vida del individuo, es decir, es la racionalidad de los pensamientos aplicada a sus actos.

Posteriormente, en la Edad Media, en pleno auge del cristianismo, el filósofo San Agustín menciona que la filosofía debería ser una actitud total del hombre, ya que por ejemplo, la persona que piensa no sólo importa su pensamiento sino también su existencia misma. De ahí que San Agustín diga “No salgas de ti mismo, porque en el interior del hombre reside la verdad”. Este filósofo se esforzó a lo largo de toda su vida por encontrar, dentro de su propio yo (alma), la verdad, a Dios y por revelar su vida interior, su relación con Dios y con los demás hombres.

En el siglo XVIII, René Descartes además de proponer la dualidad “mente-cuerpo” o “alma-cuerpo” a partir de que dividió al mundo en “substancia cogitans” que es el alma racional inextensa, y “res extensa” que es el cuerpo humano y todas las otras partes de la naturaleza: formuló el ya famoso “Cogito ergo sum” que significa “pienso luego existo” donde la palabra pensamiento posee un sentido amplio, pues incluye el sentir, imaginar, percibir, y reflexionar. Lo que Descartes afirma aquí es sencillamente que el hecho de pensar “me revela y me muestra que existo, porque el pensamiento y la duda son muestras vivas de mi existir”, Xirau (1990). Esta formulación sirvió de base para la **Psicología idealista**, ya que los representantes de este movimiento (por ejemplo Berkley) consideraban posible no sólo partir de la conciencia de sí mismo (autoconciencia) como una manifestación primaria del espíritu sino incluso deducir de ella la conciencia del mundo exterior, interpretándola como un fenómeno secundario. Mientras que los partidarios de la **filosofía racionalista** consideran como primario no sólo la capacidad de tener plena conciencia de sí mismo o de su mundo interno, sino también de aquellos aspectos en los que se ubica la experiencia inmediata. De aquí se deriva el **Sensualismo idealista**. El cual llega a la conclusión de que el mundo interno es lo primario y el reflejo del mundo externo, que surge de él, es un fenómeno

secundario. Sin embargo, existe otra postura teórica que propone lo contrario: **la conciencia de sí mismo es un producto del desarrollo histórico social y al principio surge como el reflejo de la realidad externa, natural y social, y sólo después bajo su influencia mediata, la autoconciencia en sus formas más complejas**, (Hall, 1970).

Más recientemente, por el año de 1980 aproximadamente, se da entre los psicólogos un interés por el concepto de sí mismo, y es así que William James es pionero de la teorización contemporánea acerca del **sí mismo o autoconcepto**. De su trabajo se desglosa gran parte de lo que actualmente se escribe sobre este tema, que en su sentido más general es **la suma total de cuando un hombre puede llamar suyo: su cuerpo, sus rasgos, sus aptitudes, sus posesiones materiales, su familia, sus amigos, su vocación y ocupaciones, entre otras cosas más**. James concibe al sí mismo según tres aspectos:

- 1) **Sus elementos constituyentes**. Donde se ubican el sí mismo material (posesiones materiales del individuo), el sí mismo social (cómo es percibido por sus semejantes), el sí mismo espiritual (facultades y disposiciones psicológicas) y el Yo puro (corriente de pensamientos que constituye el propio sentimiento de identidad personal).
- 2) **Los sentimientos del sí mismo**
- 3) **Las acciones destinadas a la búsqueda y preservación del sí mismo**, Hall (1970)

Hasta este momento fueron mencionados únicamente algunos de los filósofos y teóricos que han sido antecedente de la teorización moderna del fenómeno del autoconcepto y como se pudo observar dicho término se encuentra emparentado o identificado con términos como: sí mismo, autoconciencia, autoestima, yo, ego, autoconocimiento, entre otros. Por lo que se considerarán como equivalentes a reserva de lo que sea planteado por cada teórico.

CAPITULO 4. FACTORES QUE INCIDEN EN LA FORMACIÓN DEL AUTOCONCEPTO Y LA AUTOESTIMA

Se ha demostrado que la formación de capacidades emocionales y sociales en niños ha reducido la violencia. Quizá los adolescentes y los niños que carecen de destrezas emocionales como **Inteligencia emocional (CE) o Coeficiente emocional y Habilidades sociales**, se ven más afectados. En su caso, son más probables a la depresión, los trastornos de alimentación, los embarazos no deseados, la agresión y los crímenes violentos, esto es para muchos psicólogos el precio de carecer de habilidades emocionales o sociales. A este respecto podemos decir que quienes destacan en la vida suelen tener estas habilidades y una combinación de destrezas, se ha comprobado que disminuyen la agresión y estimulan el buen humor lo cual ayuda a los niños a enfrentar mejor el estrés, además estimula el sistema inmunológico y acelera su recuperación. Los juegos cooperativos por ejemplo, donde todos ganan o todos pierden, han logrado construir cierta cohesión familiar y disminuir significativamente la ira y la agresión entre los niños. Por lo que existen libros donde se enseña a los hijos con el fin de mejorar sus capacidades emocionales y habilidades sociales y se han recomendado a los padres, ya que los niños pueden beneficiarse con ello. Se ha demostrado en varios estudios que con un CE elevado son más felices, más confiados y tienen más éxito en la escuela, y se considera como base para cuando se vuelvan adultos sean responsables, atentos y productivos, o sepan enfrentar problemas normales durante su crecimiento, (Lawrence & Shapiro 2000).

4.1 Inteligencia Emocional (CE)

La inteligencia emocional (CE) o coeficiente emocional es una forma de interactuar con el mundo y está conectada con los sentimientos, engloba habilidades tales como el control de los impulsos, la autoconciencia, la motivación, el entusiasmo la perseverancia, la empatía, la agilidad mental, etc. Ellas configuran rasgos de carácter como la autodisciplina, la compasión o el altruismo indispensable para una buena y creativa adaptación social, (Medina, 2006).

El término “inteligencia emocional” fue utilizado por primera vez en 1990 por los psicólogos Peter Salovey de la Universidad de Harvard y John Mayer de la Universidad de New Hampshire. Los cuales dieron pie a que un investigador de New York time, Daniel Goleman diera a conocer al mundo este concepto, pero esto abrió cause a un educador llamado José Antonio Alcázar. Ellos emplearon este concepto para describir las cualidades emocionales que parecen tener importancia para el éxito.

Salovey, Mayer, y Goleman, (1990 cit. en Cortese 2005), hablan de un autoconocimiento, lo cual se refiere a tener conciencia de sí mismo que incluye un control o manejo de las emociones, si son negativas según Mayer se tiene la capacidad de cambiarlas, Goleman coincide con él pero añade la automotivación que consiste en la búsqueda y persistencia de los objetivos, haciendo frente a los problemas y encontrando soluciones, hablan también sobre el talento para manejar las relaciones con los demás. Los tres concuerdan en tener la habilidad para entender las necesidades, sentimientos y problemas de otros, poniéndose en su lugar, y responder correctamente a sus reacciones emocionales, lo que conocemos como **empatía** tema que desarrollaremos más adelante, Alcazar (2001: cit. en Medina, 2006), ha manejado que la inteligencia emocional surge a partir de una educación de la afectividad por parte de los padres y en su última exposición menciona que el bebé desde que nace entra a un mundo de mucho afecto, desde el momento en que exige sus necesidades. Pero también dice que si se les satisfacen todos sus antojos se le impedirá desarrollar la capacidad de resistir el impulso y tolerar las frustraciones lo que lo convertirá en egocéntrico y arrogante.

Las emociones no son ideas, sino que son muy reales. Adquieren las formas de elementos bioquímicos específicos producidos por el cerebro y ante los cuales el cuerpo reacciona, (Cortese, 2005)

Alcazar (2001; cit. en Medina 2006), considera que alrededor de los 18 meses la madre va enseñando al niño si hay que sentir pero sobre el entorno.

A este respecto, menciona que la seguridad de tener el afecto de la madre, es lo que permite al niño apartarse, explorar, dominar los miedos y los problemas, encauzándose a la

independencia. Hacia los 2 años se vuelven reflexivos de sus propias emociones de satisfacción ante elogios, también sienten vergüenza, surge el autocontrol de sus sentimientos. A los 10 años en la adolescencia descubren que los sentimientos fluyen extraordinariamente, y surge la rebeldía. Al ir madurando comprende que actuar conforme al deber, perfecciona y necesita aceptarlo como una voz amiga que se puede asumir con cordialidad.

Se ha descubierto que existen estilos de crianza de algunos padres que carecen de habilidades relacionadas con CE, que lejos de desarrollarlo en los niños, éstos tienden a ser infelices y reservados y tienen dificultades para confiar en los demás. Presentan los niveles más bajos de autoestima, comparados con los hijos de padres con un CE elevado, (Medina, 2006).

El desarrollo de un CE elevado en el niño implica una participación activa en la vida emocional de éste.

Lawrens & Chapiro (2000), resaltan la importancia de enseñar CE a los niños, estas habilidades o cualidades son básicas para alcanzar el éxito, tales como: **“La capacidad de resolver los problemas en forma interpersonal, la persistencia, la cordialidad, la amabilidad, el respeto, la simpatía, la expresión y comprensión de los sentimientos, el control de nuestro genio, la capacidad de adaptación y la empatía.”** Lawrens (2000 et al. 2000, p. 25). En el futuro dichas capacidades pueden ser fundamentales para la calidad de vida del niño.

Por ejemplo en el caso de **las capacidades de resolver problemas**, ellos consideran que cuando los padres se comprometen a ayudar a sus hijos y les dedican el tiempo necesario para hacerlo, los problemas aún graves son abordados y resueltos, (Thornton op. cit. 2000).

Sin embargo pocos padres discuten la importancia de ayudar a los niños a aprender buenos hábitos para resolver problemas y muchos otros no les dedican el tiempo necesario para abordarlos y resolverlos, este podría ser el caso de padres indiferentes.

Medina (2006), considera que unos padres democráticos desarrollan una atmósfera agradable para la resolución de problemas en su hogar a través de reuniones familiares y mostrándoles a sus hijos cómo resolverlos realmente en su propia vida.

Señala algunos puntos importantes que se deben llevar a cabo para que un niño aprenda a solucionar sus problemas, por ejemplo; razonar en lugar de actuar, aprender a pedirle a otro que comparta el juguete en lugar de quitárselo, a decir que está enojado en lugar de pelear, y a hablar a favor de sí mismo en lugar de retirarse y sentirse resentidos, a negociar en lugar de discutir y pelear.

En cuanto a **la persistencia y el esfuerzo**, al respecto William Damos, en su libro “Greater Expectación” citado en Lawrens & Chapiro (2000), hace algunas recomendaciones para evitar la cultura de la complacencia en nuestros hogares y hace una crítica a los que señalan a la niñez como un periodo en que los niños deberían de desarrollarse en una atmósfera libre de desafíos y exigencias y al respecto describe lo siguiente: “los niños necesitan participar no solo en actividades que parecen fáciles y divertidas, sino que también en las que plantean desafíos que los pueden ayudar a destacarse, con el fin de adquirir capacidades creativas, los niños necesitan una recompensa extrínsecamente interesante y aprenden a sostener un esfuerzo aún cuando las cosas se vuelvan difíciles o aburridas”. Por lo tanto, los niños se desempeñaran mejor a largo plazo cuando están preparados para enfrentar la frustración y el trabajo fatigoso que es una parte inevitable del trabajo creativo. Por eso es importante que un padre le enseñe el valor a su hijo de perseverar en las tareas aunque no sean gratificantes o estimulantes.

Al respecto se ha observado, que algunos niños llegan a manipular a los adultos que están a cargo de ellos, para que los dejen y ya no insistan a que realicen sus tareas, con esto de alguna manera le estarán transmitiendo el mensaje de que el dejar de realizar sus responsabilidades no es tan importante y que sus propias debilidades, como la flojera, la apatía la irresponsabilidad, determinen su conducta ante sus deberes posteriores lo que puede inducir a formarse un autoconcepto negativo de si mismo.

Con relación a lo anterior se considera que, la capacidad para esforzarse por parte de los niños cambia a medida que crecen, los niños tienden a ser mas optimistas en cuanto a tener éxito a través de sus esfuerzos, pero algunos estudiosos afirman que esto puede desvanecerse conforme van creciendo, cuando comienzan a percibir que aquellos que tienen una mayor capacidad serán siempre los que tienen más éxito por lo que se recomienda enseñarles a los niños a valorar el esfuerzo persistente por el simple hecho de realizarlos.

Las distracciones son una forma única de enseñar el valor del esfuerzo porque incluyen elementos tanto de juego como de trabajo.

Al respecto se recomienda que deben reforzar la paciencia y el esfuerzo persistente del niño con el elogio y aliento. Si se aburre o se siente frustrado, tal como ocurriría en algún momento, se sugiere que se haga una pausa de cinco minutos, para luego retomar el trabajo, siendo esta una de las características de la educación democrática. De este modo los adultos producirán un buen impacto en la autoestima del niño.

La cordialidad, la amabilidad y el respeto, se constituyen como un aspecto importante en el desarrollo social y un rasgo de CE muy valioso en el niño, se considera que la falta de modales es un síntoma de una enfermedad social más grave, un elemento que contribuye significativamente al aumento de la violencia, un ejemplo de la decadencia de nuestros valores y un factor de división en la nación en su conjunto.

Se ha remarcado mucho sobre el buen criar a los niños, que sean corteses y bien educados, respetuosos hacia los demás, y bien hablados para beneficio de su CE. Durante años un estudio tras otro sobre las razones por las que los niños tienen éxito en la escuela ha mostrado que los que son apreciados por sus profesores obtienen mejores calificaciones y tienen experiencias escolares más positivas y por lo tanto esto ayuda a que sean más seguros de sí mismos, lo que promueve a un autoconcepto positivo. Muchos docentes señalan que un factor determinante para un buen año de docencia es contar con “niños de buena conducta”.

Al respecto, se asegura que solo los padres son los que pueden estimular los buenos modales en sus hijos y que los buenos modales son una de las capacidades del CE más fáciles de enseñar y, sin embargo pueden producir un efecto profundo en el éxito social posterior del niño

La simpatía, es una forma de obtener prestigio o aceptación social, se ha comprobado que los niños considerados simpáticos son más populares y tienen un autoconcepto positivo, mientras que los niños que carecen de esa simpatía e incluso manifiestan mal humor, algunos los describen menos simpáticos, generalmente son niños con autoestima baja. También se ha descubierto que los niños con una competencia social elevada, iniciaron relaciones positivas con otros niños, y tienen más amigos, son más aceptados por todos, y por lo tanto esto retroalimenta su propia autoestima, además de que son menos susceptibles a la depresión y el mal humor.

El ser simpático tiene mucho que ver con el buen humor, que es lo que permite que los niños descubran una variedad de formas para enfrentar el estrés y la angustia. A este respecto Shapiro, propone que se debe de alentar a los niños a contar chistes y descubrir el humor aún en situaciones difíciles. Las bromas pueden comunicar gustos o disgustos, y se puede usar el humor para expresar sentimientos positivos o negativos acerca de los demás. Y el ayudar a los niños a distinguir entre el humor hostil y el no hostil, puede ser una oportunidad para enseñar la tolerancia hacia con sus iguales y aprender también que las palabras pueden lastimar más que un golpe. Tampoco deben alentarse los chistes que se burlan de la raza, religión, etnia y discapacidad de otra persona.

Los niños a menudo utilizan los chistes como una forma de mantener el prestigio social. El humor cumple diferentes propósitos, en diferentes edades, pero a lo largo de la vida puede ser una ayuda para entablar una buena relación con otros y enfrentar una amplia variedad de los problemas.

La expresión y comprensión de sentimientos, La capacidad de hablar sobre las emociones, dependen en gran medida de la cultura en donde se crían y, en particular en la forma en que los padres interactúan entre sí.

Estas familias donde los sentimientos se expresan y se examinan abiertamente, los niños desarrollan el vocabulario para pensar en sus emociones y comunicarlas. Aprender a identificar y transmitir las emociones es una parte importante de la comunicación y un aspecto vital del control emocional. Pero apreciar las emociones de los demás constituye una capacidad del CE igualmente importante, particularmente para el desarrollo de las relaciones íntimas satisfactorias.

Enseñarles a los niños a comprender y comunicar sus emociones afectará positivamente en su autoestima y por lo tanto en muchos aspectos de su desarrollo y éxito en la vida, de lo contrario podrían volverse vulnerables a los conflictos, y en algunos casos llevarlos a la depresión

El control emocional, el problema emocional más común que enfrentan los niños, está relacionado con el control de la ira, los niños caracterizados como iracundos, agresivos o discutidores además de que son antisociales, representan un 40 a un 50 por ciento de todas las derivaciones clínicas.

El control de la ira se refiere a las estrategias personales con que se atenúa o refrena. La clave para no perder la calma consiste en definir las situaciones perturbadoras como problemas por resolver. Por tanto para limitar la ira se recomienda, enseñar a los niños a controlar sus emociones, a negociar en lugar de discutir, crear acuerdos.

Uno de los antídotos más eficaces contra la violencia es una familia cariñosa y afectuosa. En las familias disfuncionales se puede observar, depresión dolor, odio y violencia. Sin embargo en las familias o comunidades sanas se desalienta la violencia y a los niños les beneficia convivir en grupos que los hagan sentirse orgullosos, además les brindan una excelente oportunidad para que pasen más tiempo juntos en actividades agradables.

La capacidad de adaptación, este aspecto se da por sentado cuando el niño surge de una familia donde existe un apoyo emocional y se vislumbra en su mayor parte a través de su capacidad emocional y social. Si un niño experimenta dificultades para poder adaptarse en un grupo, puede presentar sensaciones de angustia, depresión e incluso pensar

en el suicidio. Sin embargo cuando aprende a relacionarse y a tener habilidades sociales específicas, (tema que se analiza más adelante) y hacer amigos, comienza a valorar la manera de ser miembro de un grupo, por lo que puede mejorar su confianza, su autoestima y su sentido de pertenencia.

La empatía, que significa conductas que reflejan preocupación por los demás, como el compartir, ayudar, estimular, mostrar una conducta altruista, tolerancia y voluntad de respetar las normas sociales. Los niños empáticos crecen con mayor capacidad de lograr un contacto íntimo en sus relaciones con sus cónyuges amigos e hijos.

Trianes, Muñoz, y Jiménez (1997), definen a la empatía como la capacidad de reconocimiento y sintonización con las emociones ajenas, sin embargo consideran también que **toma de perspectiva** es otro aspecto que va muy relacionado con la empatía y que se necesitan mutuamente. Toma de perspectiva se refiere a cuando se saben poner en el punto de vista de otro. Mencionan que la empatía se observa en los primeros años de vida del niño, y que puede ayudar a la superación del egocentrismo en el terreno social. Pero consideran de suma importancia que el acceder a la toma de perspectiva como habilidad de pensamiento, sin empatía, llega a ser un problema para desarrollar esa habilidad en las relaciones interpersonales.

Los psicólogos del desarrollo también señalan que existen dos componentes para la empatía: una reacción emocional hacia los demás, que normalmente se desarrolla en los primeros seis años de la vida de un niño, y una reacción cognoscitiva, que determina el grado en el que los niños de más edad son capaces de percibir el punto de vista o la perspectiva de otra persona.

En la mayoría de los niños a lo largo de su primer año de vida, se puede observar una empatía emocional. Los bebés suelen darse vuelta para observar a otro niño llorar y frecuentemente se ponen a llorar también. El psicólogo del desarrollo Hoffman Scott (1991), la denomina “empatía global” debido a la incapacidad del niño para distinguir entre él mismo y su mundo, interpretando la aflicción de cualquier otro bebé como propia.

Se considera que si se requiere que los niños se tornen más empáticos, atentos y responsables, se deben establecer normas claras y coherentes y no renunciar a ellas. Debe requerirles que sean responsables, las tareas domésticas y otras responsabilidades deben aumentar con la edad, enseñarles que ayudar en la casa es por ayudar a los demás y que eso es lo correcto, y las tareas domésticas no deben estar atadas a recompensas.

Un padre permisivo no permite desarrollar la empatía ya que muchas veces los aleja de sus deberes y los hace irresponsables, tomando los padres la iniciativa de realizar ellos mismos muchos de sus quehaceres que a los niños les corresponden, de lo contrario relegarán sus responsabilidades a otros y esto algunas veces los hace desconsiderados con los demás, e indiferentes ante la solidaridad que debe de existir en toda convivencia social.

Ante todo esto se recomienda que si se quiere que un niño sea atento, considerado y responsable se debe hacer algo simple levantar la medida de sus expectativas. El ser un padre permisivo es fácil, así como realizar los deberes que le corresponden. Pero para criar niños más responsables, los padres deben de tornarse más responsables de lo contrario perjudicarán a sus hijos.

Podemos decir que la empatía es la base de todas las capacidades sociales, y no solo enseña a los niños a preocuparse por los demás sino que les enseñará también aptitudes sociales, la importancia de la cooperación, y el valor de la perseverancia para el logro de los objetivos. Son todas capacidades que contribuyen a un CE elevado.

Como podemos ver, la inteligencia emocional (CE), no se basa en el alto grado de coeficiente intelectual (CI) de un niño, sino más bien, en todo lo que alguna vez se llamó, características de la personalidad o simplemente “carácter”, y ahora sabemos que estas capacidades sociales y emocionales pueden ser más importantes para el éxito en la vida.

Cuando Goleman impulsó este concepto para la conciencia pública y sobre todo para la crianza dentro de los hogares y escuelas, se empezaron a observar consecuencias positivas, y ha dado como resultado a niños considerados como entusiastas, tenaces, apreciados por otros, lo que los ha llevado a un bienestar personal y con un autoconcepto

positivo y por ende estos niños resultan ser mas seguros de sí mismos, y con un alto grado de autoestima.

Podemos decir entonces que, la inteligencia emocional, es un tema que en los últimos 10 años ha tenido relevancia, por sus consecuencias para la crianza y educación de los niños y sabemos que se empleó para controlar las emociones que parecen tener importancia para el éxito en las relaciones humanas y en la vida diaria.

De tal manera que se concibe a una persona que tiene inteligencia emocional, cuando es capaz de controlar sentimientos y emociones propias y las de los demás. Según Cuadrado (2006), una persona con inteligencia emocional mejora su vida personal, también significa sentirse bien consigo misma, afronta situaciones difíciles al ser consciente de las propias limitaciones.

Si la inteligencia emocional se deduce que es un aliado imprescindible para aprender a desenvolverse de forma autónoma permitiendo generar emociones positivas y propiciando la valoración de uno mismo, de igual manera la autoestima es en general la valoración que hacemos de nosotros mismos, no significa lo que uno es, si no lo que uno cree que es.

En la medida que una persona tenga inteligencia emocional tendrá herramientas necesarias para que sus vivencias en las relaciones interpersonales, se proyecten de manera más positiva lo cual la ayudará a tener más seguridad.

Existe una vinculación estrecha entre la inteligencia emocional, la vivencia de las relaciones interpersonales y la autoestima como componentes clave de la personalidad. Y la autoestima es uno de los elementos que actúa como determinante para el desarrollo exitoso o no de las habilidades sociales, dado que tiene mucha relación tanto de causa como efecto.

4.2 Habilidades sociales

El desarrollo social temprano sienta las bases para la relación con hermanos amigos y parientes.

El primer paso en el mundo social consiste en percatarse del yo como persona independiente. Lewis (1992, cit. en Coon. 2005). Y la autoconciencia inicial depende de la madurez del cerebro, esto lo demuestran Lewis, Brooks y Gunn, (1997, op. cit.), en uno de los estudios que realizaron, donde a unos niños se les muestra en televisión imágenes de su persona y la mayoría no se reconoce antes de los 15 meses de edad.

“Una vez formada la autoconciencia se empieza a formar el núcleo del desarrollo social, y al irse consolidando, entonces aparecen las emociones sociales tales como; vergüenza, sentido de culpa y orgullo” Kagan, (1991), Lewis, (1992); 103 cit. en Coon, (2005). Al mismo tiempo que surge la autoconciencia, los niños se percatan de la existencia de la gente. En fijarse, de la manera en que los adultos, observan las expresiones de otros para decidir o reaccionar. Los bebés también observan a la gente para obtener información u orientación y sobre todo la de su madre, a esto le llaman “referencia social”, lo cual fue demostrado en un experimento por (Hirshberg y Svejda, 1990; Stenberg y Hagekull, 1997; op. cit.).

Se estima que la verdadera esencia del desarrollo social se encuentra en los apegos emocionales o vínculos íntimos que los niños establecen con las personas que los cuidan por lo general sus padres. Y que el primer año, llamado periodo sensible, es en donde debe ocurrir un desarrollo óptimo, de este apego.

Apego es el nombre que ha recibido el lazo, vínculo o relación de amor y afecto duradero entre un bebé y generalmente sus padres. Se considera un lazo de cariño y amor necesarios para garantizar la vida y el bienestar del bebé, (Hernández, 1990).

Las madres son las que generalmente empiezan a cultivar el vínculo con su hijo desde las pocas horas de nacido.

Bowlby, (1973; 1977,1978, cit. en Hernández 1992), hace referencia, de que el apego permite que el bebé tenga la protección que necesita para vivir y entre más atención satisfactoria tenga ante su solicitud por medio del llanto, lo que se considera un requisito importante para el inicio de una relación de calidad a lo largo de su vida y que influirá en la formación del autoconcepto y autoestima.

La psicóloga Ainsworth (1913-1999. op. cit.), considera que la calidad del apego se manifiesta cuando los bebés se comportan de cierta manera, si se separan de su madre, tras un periodo breve de separación, y señaló tres tipos de apego que finalmente tienen que ver con la seguridad del niño.

Apego seguro, que lo considera el más estable y seguro; ya que se manifiesta cuando les molesta la ausencia de su madre y procura estar cerca de ella cuando regresa.

Apego-seguro-evasivo, cuando se observa ansiedad si la madre se aleja y cuando tienden a voltear la cabeza, a otro lado cuando ella regresa.

Apego-seguro-ambivalente, cuando también existe un vínculo emocional de ansiedad cuando se aleja la madre; y cuando los bebés procuran estar cerca de su madre cuando regresa y resisten con enojo el contacto con ella.

Para que un apego seguro se manifieste, la madre o ambos padres tienen que demostrar afecto y sensibilidad a las señales y actividades de su hijo. Sin embargo, este apego sería deficiente si las acciones de la madre son inapropiadas, inadecuadas, intrusitas o de rechazo.

Trianes, et al. (1997), menciona 3 razones importantes para explicar de cómo las relaciones tempranas de apego seguro promueven competencia para las relaciones con los iguales.

1. El apego seguro, cuando la disponibilidad y la respuesta de los adultos; conduce a expectativas sociales positivas y a considerar a otras personas como valiosas.

2. El niño al recibir el cuidado incondicional del adulto, aprende la verdadera naturaleza de la relación empática y aprende a relacionarse con sus iguales de manera igualitaria.

3. A través del apego recibido desarrolla un sentido de valía personal, autoeficacia o autoestima, se siente valioso por ser querido. Sentimientos básicos que según Trianes sustentan al niño autonomía, confianza en sí mismo, curiosidad, entusiasmo y afecto positivo. Cualidades que lo hacen atractivo para sus iguales

Aunque la mayoría considera que los padres son un factor fundamental en el desarrollo del niño, existe un aspecto relevante, que está muy relacionado con el modo en que ellos interactúan con sus hijos, es la clase social a la que pertenecen, ya que ésta puede influir en los valores, estilos de vida, y prácticas educativas.

La socialización es el proceso de asimilar las actitudes, valores y costumbres de una sociedad. Indica el modo en que las presiones de los padres, compañeros y profesores, otros adultos y medios de comunicación que incitan a un comportamiento aceptable y desalientan la conducta indeseable en los niños. Como resultado de estas presiones, los niños aprenden a comportarse de forma aprobada socialmente, siguiendo, al menos de palabra, los valores ideales y motivaciones principales de los grupos en los que se encuentran.

Los padres ayudan a que el niño se socialice influyendo en el desarrollo del concepto del yo. La forma en que tratan y perciben al niño contribuye el modo en que éste piensa acerca de sí mismo, y a menudo los padres les atribuyen cualidades a sus hijos a veces los llegan a etiquetar, los niños aceptan esas etiquetas y construyen su concepto de sí mismos comportándose como si las atribuciones de los padres fueran correctas.

La familia es la mayor influencia en el proceso de socialización. Cuando los niños tienen cuatro años, entran al mundo más extenso de las relaciones con los compañeros, en la escuela y la comunidad. Aún así, la familia surge siendo la influencia más poderosa en el desarrollo del niño, (Hoffman, 1991).

En base a lo anterior, se considera que los padres contribuyen en el proceso de socialización de cuatro maneras:

1) Asumiendo el papel de ofrecer amor y cuidados. Donde los niños son fácilmente influenciados por las personas que los aman, especialmente si dependen de ellas para satisfacer sus necesidades. Así que la relación potencial es la efectividad de los padres como agentes de socialización.

2) Sirviendo como figura de identificación. Donde los teóricos del aprendizaje social cognitivo (Bandura, 1977, 1992), sostienen que es más sencillo ver al padre como modelo que el niño copia y según esta visión, los niños imitan los modelos que son acogedores, poderosos y competentes.

3) Actuando a veces deliberadamente como agentes de socialización activos. Donde en ocasiones las acciones de los padres están encaminadas a tener un efecto socializador como cuando corrigen y enseñan al niño la forma correcta de hacer las cosas.

4) Otras veces las acciones socializan al niño incluso cuando los padres no se dan cuenta de ello.

Con respecto a la autoestima, los datos parecen indicar que la interacción con el ambiente, y la retroalimentación que se recibe de las personas que forman parte de su contexto familiar y social desempeñan un papel importante y es la contingencia que moldea su autoestima, (Hernández, 1999).

En estudios realizados, se ha observado que los niños que gozan de la aceptación y aprobación social de sus compañeros presentan un mejor concepto de ellos mismos. La aceptación social es en este caso la demostración de que su comportamiento tiene un impacto favorable sobre su contexto social, propiciando que el niño se sienta competente para actuar socialmente y fortalezca su autoestima.

Cuando el niño es privado de experiencias sociales, es rechazado, o aislado, esto puede llevar a un sufrimiento personal al desarrollo de trastornos como la depresión, la falta de competencia social en la niñez puede impedir el desarrollo de nuevas habilidades sociales.

El contexto social es por lo tanto el medio en el que se dan las primeras experiencias sociales.

Si bien, las relaciones sociales infantiles es el escenario donde los niños y niñas adquieren una diversidad de habilidades sociales. La falta de estas conlleva la posibilidad de que el niño no adquiera habilidades cuya ausencia es considerada causa o factor anticipado de especial relevancia, de casi todos los problemas y dificultades graves del comportamiento infantil.

Hay estudiosos que explican las habilidades sociales desde un punto de vista genéticamente determinado, es decir por parte del sujeto, su temperamento, su repertorio de habilidades poseídas. Pero le dan mayor relevancia a las demandas y expectativas del núcleo social en el cual se desenvuelve.

Toda habilidad social es un comportamiento o tipo de pensamiento que lleva a resolver una situación social de manera efectiva, es decir aceptable para el propio sujeto y para el contexto social que pertenece, (Trianes, et al. 1997).

Las habilidades sociales además proporcionan sentimientos de valía y competencia personal, lo cual es también condición saludable para el bienestar y felicidad. De tal manera que las habilidades sociales son vistas como comportamientos o pensamientos que son instrumentales para resolver conflictos, situaciones o tareas sociales.

La teoría de habilidades sociales, las divide en tres grandes rubros que tienen que ver con aspectos tales como; Conductual, Cognitivo y Emocional, y presenta algunos ejemplos de la siguiente manera;

A. Habilidades sociales centradas en la aceptación social:

- Mirar a los ojos de quien te habla.
- Sonreír a quien te mira amistosamente.
- Saber expresar las emociones.
- Saludar y devolver un saludo.

- Comportamientos educados en la mesa.
- Saber repartir caramelos si tienes muchos.
- Saber expresar las emociones.

B. Habilidades sociales centradas en la aceptación de iguales:

- Saber hacer y mantener amigos.
- Saber ceder en un conflicto.
- Dejar que otros niños entren en juego.
- Defender a un amigo si le atacan.

C. Habilidades sociales internas:

- Saber aplazar un deseo.
- Ponerse en el punto de vista de otro.
- Controlar un enfado.
- Fijarse un objetivo que se desea conseguir.
- Conocer formas de resolver conflictos sociales.

La definición de habilidades sociales ha ido evolucionando desde comportamientos concretos (por ejemplo sonreír) hasta integrar aspectos no observables, es decir sentimientos y pensamientos, entendiéndose hoy día que son estrategias aprendidas y por tanto educables. Asimismo estas habilidades se consideran componentes de la competencia social, aspecto clave de la personalidad que incluyen la capacidad de control emocional y que conlleva un juicio valorativo (personal y social) de la adecuación de dicho comportamiento, y siempre en referencia al contexto cultural en que se desarrolla. Así, se considera una conducta como competente socialmente, dependiendo de los criterios sociales, (Trianes, et al.1997).

Como conclusión podemos decir, que la familia es el grupo social básico donde se producen los primeros intercambios de conductas sociales y afectivas, valores y creencias, que tienen una influencia muy decisiva en el comportamiento social. Los padres transmiten

ciertas normas y valores respecto a esa conducta social, ya sea a través de información, refuerzo, castigo o sanciones, comportamiento y modelaje de conductas interpersonales.

Pero la sensibilidad para aplicar los estilos de crianza y la calidad de apego, influyen a la hora de conformar la autoestima del niño y la seguridad en sí mismo, según Coopersmith, los niños con padres que son afectuosos, les aportan apoyo y que aplican reglas claras permitiéndoles expresar su opinión a la hora de tomar decisiones, poseen una elevada autoestima incluso establecen relaciones posteriores fuera del ámbito familiar. Y en la medida en que los niños adoptaron normas y criterios que hacen hincapié en el valor del autocontrol, adquieren habilidades de autorregulación que les permitan cumplir las normas sociales.

De lo contrario si no aprendieron a controlar esos impulsos inmediatos (CE) siempre estarán enfrentándose a los demás por violar los derechos, romper las normas y ser incapaces de mostrar la paciencia y el sacrificio que les permite lograr objetivos a largo plazo.

CAPITULO 5. EL AUTOCONCEPTO Y LA AUTOESTIMA DESDE DIFERENTES TEORÍAS O ENFOQUES

La mayoría de las teorías aquí presentadas hacen aseveraciones acerca de la personalidad, coinciden en que la familia, así como la sociedad tienen una influencia importante durante el desarrollo de la persona, y ponen énfasis en la función de los padres. Diversos teóricos como Adler advierten contra la indulgencia y la negligencia de los padres, Bandura, el como los padres influyen en conductas deseables e indeseables como la agresión, Rogers señala que es muy importante alentar las fuerzas inherentes del crecimiento dentro de los niños por medio del aprecio positivo incondicional. Otros hacen referencia al aspecto emocional en relación con los vínculos de apego que deben de existir con los padres durante el desarrollo temprano, considerando que este aspecto influye en la relación con la gente durante la adultez.

En cualquier caso la niñez y la influencia de los padres en esta etapa, es un momento importante para el desarrollo del sentido del sí mismo.

Por lo anterior Cloninger (2003), recomienda el **eclecticismo**, es decir, valorar las contribuciones seleccionadas de varias teorías sin aceptar alguna por completo, ya que podemos valorar alguna pero también aceptar los métodos de otra, y parece razonable usar la mejor herramienta teórica disponible cuando se trata de entender un problema particular o cuando se elige la mejor forma de terapia para un caso en concreto.

5.1 Psicodinámica.

Esta teoría se centra en los conflictos internos y en los motivos y fuerzas inconscientes.

Algunos de los seguidores de Freud que rompieron totalmente con él crearon la teoría psicodinámica, entre ellos citaremos a Alfred Adler y a Carl Jung.

Adler A. (1937), quien rechazó primero las ideas de Freud, pensaba que somos criaturas sociables, regidas por impulsos sociales. Para él la principal fuerza de la personalidad es la **búsqueda de la superioridad**. Este esfuerzo sería una lucha por superar las imperfecciones, un impulso de competencia realización y dominio de las deficiencias. El considera que esta búsqueda de la superioridad es motivada por que de pequeños experimentamos sentimientos de inferioridad, porque iniciamos la vida como criaturas pequeñas débiles e inermes por convivir con adultos más grandes y fuertes o bien estos sentimientos pueden provenir de limitaciones personales, por lo que se origina la lucha por la superioridad, (Coon, 2005).

También argumenta que la constelación familiar y la actitud de los padres con respecto a su hijo intervienen en la formación de su carácter. El niño mimado crece en una especie de atmósfera caliente de invernadero. No tiene dificultades que afrontar, porque los padres los apartan cuidadosamente de su camino. Por esa razón se encuentra mal preparado para una vida de adultos donde forzosamente hallará obstáculos. En este tipo de contexto familiar este niño no aprende a establecer buenas relaciones con los demás, (Akoun, Bernard, y Bernard, 1983).

El niño detestado, no deseado, siente en cambio muy pronto la vida como hostil. Desde los primeros años de su existencia sufre las críticas continuas de quienes le rodean, lo que lo puede llevar a un autoconcepto negativo, cuando no los golpes o ataques de quienes se hacen responsables de su venida al mundo. El niño abandonado, dejado sin la cercanía y apoyo de nadie, no sabrá ejercitarse en un diálogo afectivo, y más tarde racional y verbal, indispensable para el desarrollo y expansión de su personalidad. La ausencia

afectiva o por carencia de uno de sus padres, y el ambiente familiar, deja profundas huellas en su estructura psíquica, (Adler 1937, op. cit.).

“Desde los primeros años de la vida, utilizando su equipamiento constitucional y bajo la influencia de las impresiones precedentes del mundo externo –medio, cultural, familiar, educativo-, la fuerza creadora del niño elabora un esquema de acción y reacción que determina su modo de comportarse”, (Adler, 1937, p. 510).

Adler considera que el ser humano también debe ser observado en las relaciones sociales.

El carácter se define a partir del estilo de vida de su medio, de la relación del individuo con sus semejantes. (No es hereditario). La sociedad influye en la gente a través de los roles sociales, incluidos los roles sexuales y la escuela es especialmente influyente.

Algunos teóricos consideran que todo el análisis de un caso de neurosis en una persona adulta, nos lleva a los primeros años de su existencia, cuando se estructura su estilo de vida. Es ahí donde se descubren las raíces de sus dificultades presentes. Conociendo las circunstancias que engendran el complejo de inferioridad o baja autoestima, es posible detectar su aparición desde los primeros años de la vida del niño.

Debido a que el estilo de vida se desarrolla tempranamente y que la familia es una influencia particularmente importante, Adler además consideró el impacto de los hermanos en el desarrollo de la personalidad, pero sobre todo de la madre, que es quien representa un papel relevante, ya que es ella quien pasa más tiempo con los niños.

Sin embargo **Jung (1961)**, fue el primero en utilizar el término **autorrealización**, él creía que llegamos a ella cuando nos volvemos más ricos y más humanos cuando alcanzamos un equilibrio entre el consciente y el inconsciente, entre el ánima (principio femenino) y el ánimus (principio masculino), lo cual nos permite relacionarnos con los miembros del sexo opuesto; el pensamiento y el sentimiento, la sensación y la intuición, la persona y el ego (la parte consciente de la personalidad), la introversión (cuando se dirige al interior la mayor parte de la energía) y la extroversión (cuando se dirige al exterior la

mayor parte de la energía). Así mismo consideraba el **arquetipo del yo** (imagen inconsciente que representa, totalidad, integridad, y equilibrio), como lo más importante de todo, ya que representa la unidad. De hecho, afirmaba que gracias a su existencia se produce una transición gradual al equilibrio, la integridad y la armonía de la personalidad, lo que lleva a una autorrealización.

La meta última de toda personalidad según Jung, consiste en lograr un estado de individuación y de sismisidad (parecido a la autorrealización); este es un proceso que dura toda la vida y que logran algunos cuantos individuos tales como Jesús, y Buda entre otros.

5.2 Aprendizaje social.

Se da el nombre de teóricos del aprendizaje social a la nueva generación de psicólogos conductistas quienes en su enfoque incluyen aspectos como la percepción, el pensamiento, las perspectivas y otros pensamientos mentales. En la teoría del aprendizaje social Bandura (1977; cit. en Cloninger 2003), habla de lo que es la **autoeficacia**, que es cuando tenemos la capacidad de obtener un resultado y cuando logramos ese resultado y evaluamos nuestras acciones nos premiamos con privilegios o agasajo. La autoeficacia es algo similar a la **autoestima**. Bandura sugiere que el sentido de autoeficacia puede ser acreditado a través de la combinación de varias fuentes. Una de ellas se encuentra en los logros de la activación del individuo, debido a que con el éxito depende de las dificultades de la tarea, como requerir ayuda o no y el esfuerzo puesto en ella. Otra fuente de la autoeficacia se obtiene a través de la observación de las acciones de éxito de gente competente o de modelos como sus padres que son significativos para el sujeto, (Coon, 2005).

Entonces, autoeficacia se señala que es cuando obtenemos los resultados deseados y al evaluar nuestras acciones nos premiamos con privilegios y agasajos. Los teóricos del aprendizaje social a esto le llaman **autorreforzamiento**.

El autorreforzamiento se relaciona estrechamente con una gran autoestima y se dice que las personas con bajos niveles de autorreforzamiento tienen baja autoestima, lo cual se

asocia con depresión moderada. Sin embargo las personas con altos niveles de autorreforzamiento presentan mayor felicidad y satisfacción con la vida, (Seybolt y Wagner, 1997; Wilkinson, 1997 cit. en Coon, 2005).

Por lo tanto desde un punto de vista conductista, es conveniente aprender a tratarse bien uno mismo.

Se habla también de la importancia de un reforzamiento social, que se basa en el elogio, la atención o aprobación de los demás y que al combinarlos, esto hace que se moldeé el núcleo de la personalidad.

Entonces se puede decir que el sentido de auto eficacia puede ser acreditado a través de la combinación de varias fuentes. Una de ellas se encuentra en los logros de la actuación del individuo, debido a que con el éxito depende de la dificultad de la tarea como el requerir ayuda o no, y el esfuerzo puesto en ella. Otra fuente de autosuficiencia se obtiene a través de la observación de las acciones de éxito de gente competente o de modelos como sus padres, que son significativos para el sujeto. Por último una fuente más de autosuficiencia es por medio de la persuasión verbal, especialmente si proviene de la gente que es admirada por el individuo.

5.3 Desarrollo psicosocial.

Erikson (1959; cit. en Cloninger, 2003), basó su teoría en el **principio epigenético**: que todo lo que crece tiene un plan fundamental y que de éste emergen las partes; cada parte tiene su tiempo de ascensión especial, hasta que todas las partes hayan emergido para formar un todo funcional. Este principio se aplica al desarrollo físico del feto antes del nacimiento (donde es fácil visualizar el surgimiento gradual de partes de cada vez más diferenciadas) y al desarrollo psicológico de la gente a lo largo de su vida. En un todo, para que se desarrolle un yo, sano, varias partes deben desarrollarse secuencialmente. Estas partes son las fortalezas del yo que identificó Erikson y se desarrollan en ocho etapas. En cada etapa existe un enfoque particular sobre un aspecto del desarrollo del yo: confianza en la infancia, autonomía, al empezar y gatear, y así sucesivamente, (Cloninger, 2003).

Cada etapa involucra una crisis y el conflicto que se centra en un tema distintivo. Una crisis puede ser pensada como el punto crucial del desarrollo. Como biológicamente pasa, corazón, brazos y dientes se desarrollan con más rapidez en diferentes momentos, así es con las fortalezas del yo de esperanza, voluntad, propósito, etc. De cada crisis emerge un yo fortalecido o “virtud” que corresponde específicamente a esa etapa. Entonces la fortaleza se vuelve parte del repertorio de habilidades del yo a lo largo de la vida del individuo. Cada fortaleza se desarrolla con relación a un polo opuesto o negativo. La fortaleza de la confianza se desarrolla con relación a la desconfianza, la fortaleza de la autonomía con relación a la vergüenza y así sucesivamente. En el desarrollo sano, existe una proporción mayor de fortaleza que de debilidad. Además estas fortalezas se desarrollan en relación con gente significativa, empezando con la madre y expandiéndose más a lo largo de la vida, (Erikson, 1964; cit. en Cloninger 2003) y lo demuestra más claramente en la tabla siguiente:

Etapa psicosocial	Fortaleza	Gente significativa	Elementos relacionados en la sociedad
1 Confianza vs. Desconfianza	Esperanza	Persona maternal	Orden cósmico (por ej. religión)
2. Autonomía vs. Vergüenza y duda	Voluntad	Personas parentales	Ley y orden
3. Iniciativa vs. Culpa	Propósito	Familia básica	Prototipos ideales (por ej., hombre, mujer, estatus socioeconómico).
4. Laboriosidad vs. inferioridad	Competencia	Vecindario escuela	Orden tecnológico
5. Identidad vs. Difusión de la identidad	Fidelidad	Compañeros y grupos extensos	Visión mundial ideológica
6. Intimidad vs. Aislamiento	Amor	Compañeros en la amistad, sexo, competencia, cooperación.	Patrones de cooperación y competencia.
7. Generatividad vs. autoabsorción	Cuidado	División del trabajo y sostenimiento com partido del hogar	Corrientes de educación y tradición
8. Integridad vs. Desesperanza.	Sabiduría	“Humanidad” y “mi clase”	Sabiduría

Tabla (1) Fortalezas desarrolladas en cada etapa del desarrollo psicosocial y su contexto social

En este caso describiremos solo las primeras 4 etapas, ya que representan la edad que más nos interesa plantear.

Los bebés desde que nacen necesitan una gran cantidad de **cuidados y alimentos** por lo que dependen totalmente de otras personas e incluso para la **protección**, Papalia (1997). La satisfacción de esas necesidades básicas según Erikson son un elemento clave para desarrollar **la confianza**.

Etapas 1

En la primera etapa habla sobre. **Confianza básica** versus **desconfianza básica**, la cual comienza en la infancia y continúa hasta los 8 meses de edad. Donde los bebés desarrollan un sentido para saber cuan confiables son las personas y los objetos del mundo a partir de la satisfacción de esas necesidades básicas ya antes mencionadas.

Si hay un equilibrio entre la confianza (lo que le permite establecer relaciones íntimas) y la desconfianza (lo que le ayudará a protegerse a sí mismo). Si predomina la confianza según Erikson que es lo que debe ser, los niños desarrollarán la virtud de la esperanza.

Como la situación de la alimentación es un ambiente justo para determinar la mezcla correcta de la confianza y desconfianza, por que la madre que es quien desempeña un papel importante en ese momento, si responde con la rapidez necesaria, el niño controlará la confianza de obtener esta necesidad lo que permitirá al infante estar sin ver a la madre “por que ella se ha convertido en una certeza interior así como en un carácter externo predecible”, (Cloninger, 2003, p. 140).

La madre constituye un elemento fundamental en el establecimiento de vínculos con personas importantes, ya que la ternura, la sensibilidad y la firmeza, si es que la tiene, esto aportaría elementos primordiales en el desarrollo de la confianza.

La confianza debe predominar para proporcionarle fortaleza para un desarrollo continuo del yo en la etapa posterior.

Aunque la madre tiene la primera responsabilidad en la crianza del niño e influye en su desarrollo hay que recalcar que no son las únicas que pueden ser importantes.

Etapa 2

Durante el segundo año de vida, alrededor de 18 meses, ocurre otro desarrollo importante llamado; **Autonomía** versus **Vergüenza y Duda**

A medida que los niños maduran (física, cognitiva y emocionalmente) quieren independizarse o bien desarrollan su sentido de autonomía (aquí se considera que ya tienen desarrollado el autoconcepto). El primer signo de este deseo de autonomía o autodeterminación, es el resultado de la maduración física, es cuando los niños quieren realizar acciones tales como caminar, alimentarse, vestirse por sí mismos. Erikson señaló que en esta etapa surge la virtud de la **voluntad**, que con frecuencia aparece como negativismo, tendencia a decir “no”, para enfrentar la autoridad. En esta etapa según Erikson el o la niña requiere el apoyo de los adultos para desarrollar gradualmente un sentido de autonomía, ya que son vulnerables puesto que no han controlado aspectos como por ejemplo caminar bien. Si no son apoyados en este sentido se desarrollará un sentimiento de vergüenza (de exposición prematura) y un sentido de duda. Si esto persiste desarrollará una baja autoestima.

La vergüenza y la duda también ocupan un lugar importante en el aprendizaje de los niños, de cómo autorregularse, puesto que la libertad ilimitada no es segura ni saludable.

En este punto es muy importante que los adultos establezcan límites adecuados. Ya que muy poco o demasiado control puede originar compulsión por controlarse a sí mismos; el miedo a perder el autocontrol puede inhibir al niño y llevarlo a perder la **autoestima**, (Papalia, 1985)

El autocontrol es una habilidad que lleva a resolver una situación social de manera efectiva, aceptable para el sujeto como para el contexto social al que pertenece, (Trianes, et al. 1997; Bandura, 1992).

Etapa 3

Iniciativa versus Culpa

En esta etapa según Erikson, los niños enfrentan una crisis psicosocial: iniciativa versus culpa donde el niño ya puede tomar opciones acerca de que clase de persona debe ser, en parte sobre la base de la identificación con los padres, aquí se considera que el niño está interesado en la sexualidad y en las diferencias de sexo y está desarrollando una conciencia, actúa de modo intrusivo, entrometiéndose física y verbalmente en el espacio de los demás, se acerca a lo desconocido con curiosidad. Si esta etapa es resuelta positivamente, el niño desarrollará un autoconcepto positivo y por ende una alta autoestima.

Etapa 4

Laboriosidad versus inferioridad

El resto de la niñez hasta la pubertad, está dedicado a la tarea de escuela-edad de la etapa 4: el desarrollo de un sentido de **laboriosidad** (donde ya tiene desarrollado su autoconcepto). El polo negativo es **inferioridad** el niño en esta etapa “aprende a ganar el reconocimiento al producir cosas”. Un niño que trabaja todas las tareas hasta su término logra la satisfacción y desarrolla la perseverancia, lo que ayuda a la su autoestima de manera efectiva. La calidad del producto es importante. Si el niño no puede crear un producto aceptable o fracasa en obtener el reconocimiento de ello, entonces prevalecerá un sentimiento de inferioridad. Los maestros son especialmente importantes en esta etapa puesto que mucho del desarrollo ocurre en la escuela.

Ante todo lo anterior, podemos decir que Erickson da importancia a las relaciones interpersonales durante el desarrollo del niño a lo que le llamó “etapas del desarrollo psicosocial”, estas etapas tienen un aspecto relevante, se presenta una crisis durante cada una. Para Erickson cada crisis tiene un punto crucial, es cuando el yo se va fortaleciendo, da importancia a las relaciones interpersonales durante ese desarrollo (psicosocial), donde el repertorio de habilidades y la fortaleza de su identidad se desarrolla a partir de la relación con gente significativa y sobre todo con gente adulta más allegada como la madre y en la

medida que da respuesta a esas necesidades del hijo, influirá en la formación de un autoconcepto de forma positiva, a partir de la misma experiencia que por la edad va adquiriendo la madre (conceptos que maneja Erickson) esta experiencia la transmitirá al hijo.

Otro aspecto relevante del que hace mención Erickson es, la influencia de la cultura en donde vive el niño pues ésta repercute en las formas de criar a un hijo ya que depende mucho también del género, sobre todo porque en algunas culturas a las mujeres no se les educa igual que a los varones, y estos últimos en algunos casos tienen más libertades, lo que conlleva a una autonomía, y seguridad de sí mismos.

5.4 Humanista.

Los psicólogos humanistas centraron su atención en la autodeterminación y la autorrealización, exhortando a estudiar las experiencias personales del dolor y la alegría, la alineación, la intimidad, la frustración y la realización. Humanistas como, Abraham Maslow y Carl Rogers, destacan la importancia del potencial humano.

Maslow señala que el darse cuenta de cómo se es real y profundamente, sería la llave para tener una personalidad sana, exitosa y creativa. La alta autoestima es un prerrequisito para confiar en el propio organismo, la suficiente para que sea el foco de su autoevaluación y la guía de su vida. “Solo una persona que se ama y respeta es capaz de realizar todo su potencial”, (Maslow, 1979; cit. en Rodríguez, 1988).

Propone la idea de que estamos motivados por una jerarquía de necesidades y la representa por medio de una pirámide.

La pirámide está dividida en dos sectores: necesidades básicas o deficitarias y necesidades de crecimiento, y tiene cinco niveles.

En el primer nivel están las **fisiológicas**. Son iguales a las de los animales; sin embargo, el hombre, una vez satisfecha su hambre, busca el siguiente nivel, dejando el

primero de ser una meta, para convertirse en un medio de energía y salud que le permite subir al siguiente.

La satisfacción de las necesidades básicas se obtiene a corto plazo y del exterior. Así el hombre va conformando su naturaleza, llenándose para poder pasar del “recibir” al “dar”.

Para Maslow, en el primer sector de la pirámide, el ser humano está ya en condiciones de dar el salto al desarrollo de todos los potenciales de su espíritu; sus necesidades son ya de crecimiento y autorrealización.

La pirámide fue diseñada de la siguiente manera: figura (1)

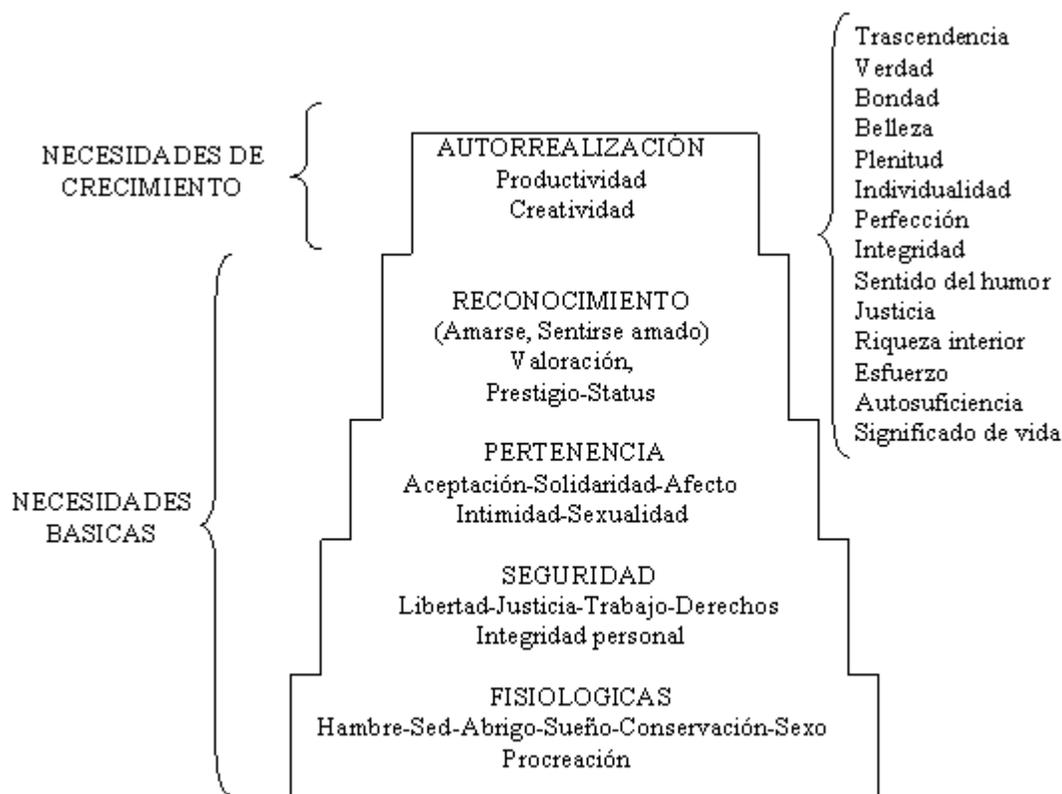


Figura (1) Pirámide de Maslow (1979)

A medida que se satisface cada nivel de necesidad, la persona avanza en la jerarquía. Si las necesidades no se satisfacen, el crecimiento se detiene.

En el nivel más bajo de la jerarquía de necesidades se encuentran las fisiológicas; de agua, comida, sueño y sexo. Estas necesidades son esenciales para la supervivencia humana y animal. Maslow refiere que estas necesidades fisiológicas son más importantes en la niñez que en cualquier otra etapa. Si esas necesidades se satisfacen en forma adecuada (aunque no necesariamente conduzcan a la satisfacción completa), se hace notar el siguiente nivel de necesidad.

El siguiente nivel es la motivación predominante de la persona, el de seguridad, ya que garantiza una situación de confianza, por lo que los niños pequeños se sienten amenazados cuando ocurren situaciones nuevas.

Si las necesidades fisiológicas y de seguridad se satisfacen adecuadamente, pasa al siguiente nivel, la necesidad de dar amor así como de recibirlo, la puntualiza como de suma importancia, hace referencia que si estas necesidades no son satisfechas pueden ser una fuente frecuente de desajustes en nuestra sociedad, y concluye diciendo que si se mejora la vida incluyendo la sexual, de por lo menos un 1% de la población, entonces podría mejorar la especie humana.

La siguiente necesidad que emerge en la jerarquía, es la de autorrespeto y de la estima de los demás. La estima debería ser “estable (y) tener bases firmes “con lo cual Maslow quería decir que debería ser resultado de habilidades y logros reales. La reputación basada en falsas premisas no compensaría esta necesidad.

Se pueden interpretar los esfuerzos de logro como manifestaciones de las necesidades de estima, ya que la sociedad admira quien tiene éxito.

La última etapa finaliza con la etapa autorrealización, donde la persona ya no está motivada por las deficiencias sino más bien por las necesidades de “realizar” o satisfacer su potencial”. Según Maslow un hombre debe ser lo que puede ser, llamándole

autorrealización a esta necesidad. “La autorrealización es idiosincrásica por que cada persona es diferente, (Maslow, 1978: p. 448; cit. en Cloninger 2003).

En diversos estudios que realizó, encontró, que las personas tenían la posibilidad de convertirse en adultos autorrealizados, eran personas con ciertas características; agradables, consideradas “afectuosas en su vida íntima, secretamente incómodos ante la crueldad y la mezquindad.

Llegó a la conclusión que cuando estas necesidades no se satisfacen, las personas se sienten inferiores, con autoestima baja, de lo contrario, si éstas necesidades son satisfechas, cambia su autoconcepto, sienten autoconfianza, valía, fuerza, capacidad, adecuación de ser útil y necesario en el mundo y se eleva su autoestima. Se supondría entonces que, conforme se van cubriendo estas necesidades, el individuo va creciendo y desarrollándose, logrando una relación satisfactoria consigo mismo y hacia lo que lo rodea. La autoestima es fundamental para lograr una armonía.

Para Maslow la autorrealización es un potencial innato, pero él mismo refiere que no se desarrolla universalmente, porque la mayoría de las personas prefieren entre el crecimiento y la seguridad, elegir la segunda, ya que son más atractivas las elecciones de seguridad, aunque solo las de crecimiento son las que hacen avanzar hacia la autorrealización. El aconseja a los padres que eviten tanto la sobreprotección (que orienta al niño hacia la seguridad) como la aprobación excesiva (la cual centra al niño en las opiniones de otros más que en su propia experiencia). Cuando todo marcha bien, el niño encuentra que la elección de crecimiento ofrece satisfacción, y que la seguridad lleva al aburrimiento. En circunstancias menos ideales la elección de crecimiento parece peligrosa y la de seguridad ofrece aprobación. Este postulado fue confirmado por un estudio realizado por, (McLeod y Vodanovich, 1991; cit. en Cloninger, 2003)

El propósito de Maslow era mejorar la condición humana, por lo que sus ideas se aplicaron a diversas áreas, entre ellas la educación, donde describe que la meta es la “autorrealización de la persona” y propuso cambios drásticos en la práctica educativa, similares a los cambios propuestos por Carl Rogers. El dice que la educación humanista, debe alentar, en lugar de impedir, la curiosidad natural de los niños y en la mayoría de las

veces, los niños aprenden a comportarse de forma que aprueben los padres, en lugar de que se les anime a pensar creativamente.

Para conocer y desarrollar la autoestima se seguirán ciertos pasos a los que Maslow denomina “**Escala de autoestima**” porque son niveles consecutivos que desembocan en el logro de la autoestima, tal como lo describe Rodríguez (1988): figura (2)

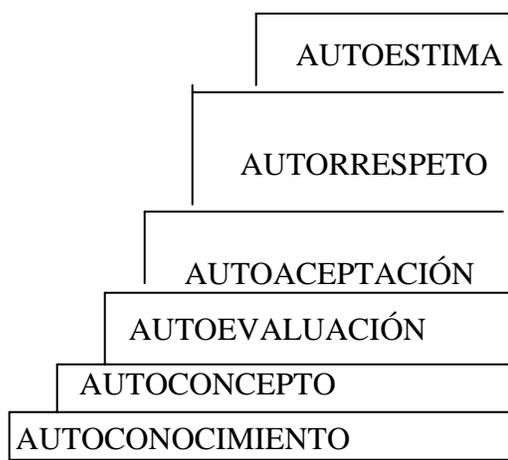


Figura (2) Escala de la autoestima

1. **Autoconocimiento:** es conocer las partes que componen al yo, cuáles son sus manifestaciones, necesidades y habilidades; los papeles que vive el individuo a través de los cuales sabe el por qué de cómo actúa y siente, al conocer todos sus elementos que desde luego no funcionan por separado sino que se entrelazan para apoyarse el uno al otro, el individuo logra tener una personalidad fuerte y unificada, si una de estas partes funciona en forma deficiente las otras se verán afectadas, entonces su personalidad se verá débil y dividida, con sentimientos de ineficiencia y devaluación. “Cuando aprendemos a conocernos en verdad vivimos”, (Rodríguez 1988).

2. **Autoconcepto:** es una serie de creencias sobre sí mismo, que se manifiestan en la conducta. Si alguien se cree tonto; si se cree inteligente o apto, actuará como tal. “Dale a un hombre una autoimagen pobre y acabará siendo ciervo”, (R. Schuller 1981: p. 10 op. cit.)

3. **Autoevaluación:** refleja la capacidad interna de evaluar eventos o situaciones como buenas si lo son para el individuo, le satisfacen, son interesantes, enriquecedoras, le hacen sentir bien y le permiten crecer y aprender, y considerarlas como malas si lo son para la persona, no le satisfacen, carecen de interés, le hacen daño y no le permiten crecer. “El sentirse devaluado e indeseable es, en la mayoría de los casos, la base de los problemas humanos”.

4. **Autoaceptación:** es admitir y reconocer todas las partes del sí mismo

5. **Autorrespeto:** es entender y satisfacer las propias necesidades y valores. Expresar y manejar en forma conveniente sentimientos y emociones, sin hacerse daño ni culparse. “La autoestima es un silencioso respeto a sí mismo”.

6. **Autoestima:** es la síntesis de todos los pasos anteriores. Si una persona se conoce y está consciente de sus cambios, crea su propia escala de valores y desarrolla sus capacidades y se acepta y se respeta, tendrá autoestima. Por el contrario, si una persona no se conoce, tiene un concepto pobre de sí misma, no se acepta ni se respeta, tendrá autoestima en bajo nivel. “Solo podemos amar cuando nos hemos amado a nosotros mismos”.

Rogers (1961; cit. en Cloninger 2003), coincidió con muchos aspectos del pensamiento de Maslow, creía que la gente es esencialmente buena y que tiende a la realización. Que cada uno de nosotros tiene la posibilidad del crecimiento al menos que se vea frustrado por un ambiente que inhibe ese crecimiento.

El señala que una atmósfera “promotora del crecimiento” exige tres condiciones; autenticidad, aceptación, y empatía. Y que durante ese crecimiento de la personalidad, implica que haya cambios en el sí mismo, empleó los términos sí mismo ideal y sí mismo real en base a la teoría psicoanalítica. El sí mismo real contiene las cualidades verdaderas o reales de la persona, incluida la tendencia a la realización; el sí mismo ideal conduce a la perturbación, utilizó el término *incongruencia* para describir la experiencia de conflicto entre los dos y dice que cuando una persona es incongruente experimenta el sí mismo real como una amenaza, y para impedirlo, los mecanismos de defensa distorsionan y niegan la

experiencia, por ejemplo, cuando dicen ¿enojado yo? ¡Nunca!, por lo que añade que la mayoría de la gente usa el término *autorrealización* de manera vaga para referirse al proceso saludable de realización. Rogers explica, que la incongruencia ocurre cuando se desarrolla el autoconcepto que es cuando los padres piden a los niños conductas adecuadas bajo su propio punto de vista, esto es, los padres solo amarán a sus hijos en la medida que satisfagan sus condiciones de valía, de lo contrario los reprenderán o ignorarán usando estilos de crianza autoritarios, lo que acarreará que el niño llegue a ser un adulto que siempre busque la dirección en las figuras de autoridad y no pensar de manera independiente.

Carl Rogers, pide a la gente que se describa a sí misma tanto como idealmente desearía ser, como lo que es en realidad. Cuando el yo ideal y el real son más o menos semejantes, dijo Rogers, el autoconcepto es positivo.

Añade también que cuando se es auténtico, la gente contribuye al crecimiento de otros, cuando se muestra franca con sus propios sentimientos, adoptando actitudes transparentes, sinceras. La aceptación la denominó **consideración positiva incondicional**. Es una actitud que enaltece a la persona, una actitud de gracia, aunque conozcamos nuestros fallos. La empatía, es un modo especial de escuchar “cuando se acepta y aprecia a las personas, se tiende a mostrar una actitud más considerada hacia uno mismo”. Cuando se escucha con empatía a las personas, “se les facilita escuchar más atentamente el movimiento de sus experiencias interiores”, (Rogers, 1977).

Los niños en edad preescolar cuyos padres tienen esas actitudes generalmente se convierten en adolescentes dotados de capacidad creativa, (Harrington, 1987; cit. en Cloninger 2003).

Para Maslow, y para Rogers, un rasgo fundamental de la personalidad es el **autoconcepto**. Si el autoconcepto es positivo, tendemos a actuar y a percibir el mundo positivamente. Si es negativo –si a nuestros propios ojos no alcanzamos a realizar nuestro propio “yo ideal”-, nos sentimos insatisfechos y desgraciados, (Rogers, 1977). Por consiguiente una meta válida para los padres, los profesores y los amigos es ayudar a otros a conocerse, a aceptarse y a ser fieles a sí mismos.

CAPITULO 6. LOS PATRONES DE CRIANZA Y EL DESARROLLO DEL AUTOCONCEPTO Y LA AUTOESTIMA EN EL NIÑO

La familia es la estructura primigenia (calidad o derecho de ser el primero) de la sociedad. Por ello ofrece enormes posibilidades de desarrollo, aunque también es susceptible reconvertirse en su principal freno, (Avila, 1998).

Una de sus funciones más importantes es la transmisión de actitudes, valores, creencias y patrones de conducta que se arraigan fuertemente en el infante y se manifestará de manera constante durante su vida posterior, sirviéndose de técnicas de crianza según la situación, ya sea por tradiciones, creencias, posibilidades económicas, nivel cultural, y preferencias personales.

En estos patrones de crianza cada familia establece normas, reglas de conducta y límites a partir generalmente de lo que el padre y la madre consideran mejor. En relación con la flexibilidad en el establecimiento y el cumplimiento de estas normas y reglas puede haber **tolerancia o intolerancia**. Así una familia puede funcionar como un modelo de disciplina autoritario y rígido. Si esto sucede es muy probable que las relaciones afectivas se deterioren.

Otra forma de relación es el extremo contrario, cuando faltan reglas y normas claras y cada quien hace lo que quiere. Algunos padres son muy permisivos con sus hijos. La falta de límites claros genera inseguridad y desorientación.

La familia equilibrada es una opción distinta de las dos anteriores. En ella se hace un esfuerzo por que ciertas reglas (no todas) se apliquen con flexibilidad y sean analizadas entre los miembros de la familia. Se puede hablar de los errores de cada quien en un ambiente de confianza, comprensión respeto y tolerancia. Entonces los padres tienen sobre los hijos influencia positiva, lo que motiva la confianza entre éstos.

Diana Baumring habla de patrones de crianza que pueden entorpecer seriamente el desarrollo emocional del niño y pueden afectar de manera importante su autoestima,

entre muchos otros efectos, punto que desarrollaremos más adelante. Al respecto podemos decir que el autoconcepto y la autoestima se construyen desde el nacimiento y las actitudes de los padres son básicas para que los hijos tengan confianza en sí mismos y capacidad de valorarse.

6.1 Los padres como constructores del autoconcepto y autoestima en el niño

Como ya se ha mencionado, el primer contexto con el que interactúa todo bebé humano, al momento de su nacimiento, es el familiar, el infante se integra a un contexto familiar por lo menos compuesto por su madre y/o padre. Aunque la composición de la familia varía ampliamente, y la influencia recíproca entre el infante y cada uno de los miembros, en su mayoría de los casos los primeros contactos son con la madre, (Hernández-Guzmán, 1999).

El autoconcepto se forma a través de la interacción con los demás y reciben la influencia de lo que los niños ven como modelos. Las investigaciones de Parkey (1970; cit. en Santín 1996), indican que el autoconcepto se integra en su mayoría con la ayuda de las expresiones y reacciones que el niño percibe en aquellas personas que son importantes para él en muchos de los casos la propia familia. Si un niño siente que algo está bien o mal hecho, depende en gran medida de las percepciones: Él interpreta la conducta basada en las reacciones de otras personas que significan mucho para él, y su nivel de desempeño puede tener menos efectos en su autoconcepto que las reacciones que capta en ellos.

En el proceso de desarrollo del autoconocimiento, las respuestas que el niño obtiene de sus padres aumentan su competencia cognitiva, y a su vez que las capacidades infantiles dan lugar a mayor respuesta de los padres, (Bradley, Caldwell & Elardo 1979; cit. en Bandura, 1992).

Para Hoffman (1987), la forma en que los padres tratan y perciben al niño, contribuye en el modo en que éste piensa acerca de sí mismo. Si los padres le protegen demasiado, el niño puede sentir la necesidad de protección, aunque no la necesite, a menudo los padres atribuyen cualidades a sus hijos y les tratan como si tuvieran esas

cualidades y a veces llegan a etiquetar al niño (“eres estúpido”; “eres temerario”; “eres payaso”). Luego se comportan como si las atribuciones de los padres fueran correctas.

En cuanto a la autoestima, autores como Wallon (1975), Vayer (1988) y Busher (1989); cit. en López (1999), han mencionado que el niño desde los primeros meses de vida, establece comunicación de tipo afectivo con la madre y durante esta relación con el adulto es cuando aprende a diferenciar sus movimientos, y añaden que es cuando hay una reciprocidad, donde los movimientos del menor y la significación social del adulto se conjunta y conlleva a una unidad. Por lo general la madre transmite su experiencia social y afectiva al niño, a través de los estilos en los cuidados físicos, la tensión y dirección muscular, su aprendizaje depende de las relaciones que existen de la familia y sobre todo de aquellos familiares quienes desempeñan papeles importantes en la vida del niño y quienes determinan su propio valor como individuo e influyen en la autoestima de este.

Esta constante interacción con el ambiente y la retroalimentación que se recibe de las personas que forman parte de ese ambiente familiar, desempeñan un papel importante para el desarrollo de su autoestima.

En sus estudios realizados Coopersmith (1989), ha señalado que los determinantes que influyen para que se dé una autoestima, son los estilos de educación familiar. Él ha encontrado que los componentes de los estilos de crianza familiares relacionados con la autoestima elevada coinciden con lo que definen el perfil de educación familiar de tipo democrático, alto nivel de afecto, y comunicación unido también a un nivel de exigencias y control. Él considera que difícilmente puede tener una buena concepción de sí mismo quien siente la indiferencia, o más aún, el rechazo de las personas para él o ella más significativas. En estos estudios encontró algunas variables directamente relacionadas con la autoestima positiva de los sujetos, tales como:

- a) El interés de los padres en el bienestar económico de sus hijos.
- b) El interés de los padres por los compañeros de sus hijos (las madres de los chicos que pertenecieron a la clasificación de autoestima alta conocían personalmente a todos o la mayoría de los amigos de sus hijos).
- c) La disposición de los padres para discutir los problemas de los chicos.
- d) Los padres de los niños con autoestima alta eran más firmes y estrictos que los padres de los muchachos clasificados en los grupos de autoestima media pobre.

- e) Mostraron tendencia a exigir más de sus hijos y a ser más consistentes para hacer cumplir las normas familiares.
- f) Tendieron a usar más la recompensa que el castigo para corregir la conducta y fueron consistentes en demandas, las conductas eran razonables respecto a las recompensas.
- g) Por el contrario los padres con autoestima pobre fueron rígidos y más punitivos.

A partir de estos resultados se reconoce la manera en que los padres contribuyen a la autoestima de sus hijos. Y en este mismo trabajo Demo y cols (1987; cit. en Avila 1998), se plantean que un contexto importante en la formación de la autoestima es la familia y las relaciones que hay entre sus miembros y que tanto padres como hijos son importantes en la vida de unos y otros.

Coopersmith (1967; op. cit. 1998), ha demostrado que los padres que son emocionalmente estables tienen hijos con alto grado de autoestima. Encontró también que los niños que tenían un alto concepto de sí mismos provenían de familias donde los padres tenían también un alto concepto de sí mismos y los niños eran tratados como individuos responsables. En tanto que los padres emocionalmente inestables (depresivos, pesimistas, rígidos y críticos) tienen hijos con autoestima baja, (Turner, 1986; op. cit. 1998).

También Pick, Givaudan y Martínez (1995), consideran que la autoestima se desarrolla en los primeros años de vida, a través de los mensajes que la madre y el padre dan a sus hijos. Y cuando estos mensajes son positivos, es decir, enfatizan los logros de los niños y se transmiten con afecto generarán en los menores un sentimiento de seguridad que será fundamental en etapas posteriores de su vida. A través de este proceso, el niño o niña desarrollará una autoestima positiva que le dará confianza en sí mismo (a) y elementos emocionales para enfrentarse a los problemas y se sentirá a la vez, con seguridad para decidir entre diferentes opciones para resolver dicho problema.

Elas consideran que el punto clave dentro del desarrollo de la autoestima es la aceptación del niño tal como es. Es decir, aceptarlo con sus características particulares, ya sean físicas o emocionales, lo cual significa aceptar sus cualidades, defectos e intereses.

También mencionan que cuando las expectativas de las madres o de los padres con respecto a las características de sus hijos no se cumplen, existe cierta inconformidad hacia determinados aspectos de sus hijos, como el color de la piel o el parecido físico con alguna persona con la que no hay buenas relaciones o simplemente el considerar al niño o niña poco atractivos, hasta aspectos relacionados con su carácter o con sus habilidades y limitaciones. Ellas añaden que la no aceptación del niño tal como es, esto origina que los padres le transmitan este rechazo ya sea por medio de comentarios o de exigencias y de expectativas que no corresponden a sus características y que difícilmente van a ser cubiertas por el niño o la niña, de tal manera que la percepción que el hijo tenga de esta inconformidad de los padres, perjudicará de tal manera su autoestima que ocasionará que el menor se autoevalúe, lo cual le llevará a sentirse inseguro. También cuando los mensajes de los padres son negativos resaltando los errores y no los logros, la niña o niño se sentirán inseguros y por lo tanto tendrán una autoestima baja.

Señalan también que los niños y niñas desarrollan su autoestima a medida que se dan cuenta de que son capaces de realizar tareas nuevas de mayor complejidad. Ante cualquier proceso de aprendizaje, estos niños pasan por varias etapas hasta que logran dominar determinada tarea. Muchas veces se trata de tareas sencillas que corresponden a las habilidades y que les traerán satisfacciones inmediatas con un sentimiento de control y seguridad, el cual repercutirá positivamente en su autoestima. Sin embargo ellas consideran que se enfrentarán a dificultades cuando se les soliciten tareas que no correspondan a su nivel de desarrollo o por limitaciones propias, lo que les provocará sentimientos de frustración o fracaso. En estos casos argumentan que el apoyo que reciba de su madre (padre) o sus maestros (as) será muy importante para que logre conocer y aceptar sus fracasos y limitaciones, a la vez que se le infunda la confianza de que puede volver a intentarlo en otra ocasión.

Por lo tanto la familia sirve como unidad social primaria. Los padres actúan como agentes socializadores, proveen objetivos y valores de los cuales el niño sacará pautas de conducta; mismas que favorecen la base para la interacción con otros, pero no siempre constituyen una influencia positiva y en ocasiones incluso se considera que son una influencia limitante para el desarrollo de los hijos.

A este respecto, las intervenciones preventivas más aceptadas y recomendadas, tienen como objetivo, formar a los padres en el manejo de habilidades en la interacción

con sus hijos, como el fomentar relaciones intrafamiliares armoniosas y asociadas a largo plazo con el funcionamiento socio emocional de sus hijos. Aunque ya se han realizado investigaciones enfocadas solo a los hijos, hasta hoy no ha quedado claro el efecto de los hijos en la familia, (Dodge & Mallard 1992; Gentry & Benenson 1992; Fields, 1989), cit. en Hernández Guzmán (1992).

Podemos concluir que el estilo de educación familiar es cronológicamente el primero en ejercer su impacto en el niño (a), pero no el único ya que también hay otros factores, como los amigos, la escuela...., donde se da cuenta de sus logros y limitaciones y se convierten en una fuente de información de primera importancia sobre ellos y su valía.

6.2 Patrones de Crianza

La educación, hasta hace poco, se definía como el influjo deliberado y sistemático que las personas maduras ejercen sobre el niño mediante la dirección e instrucción, con el fin de lograr el desarrollo armónico e integral de sus capacidades, el cual le permitirá llevar una vida útil y feliz dentro de su grupo humano.

Sin embargo, la educación consiste en algo más, consta de todas las interacciones entre los padres y el niño: actividades creencias, información, intereses y valores de los padres y sobre todo sus potencialidades para el futuro.

De tal manera que, patrón de crianza se le llama a la forma en la cual los padres educan a sus hijos, seleccionando ciertos estilos, estrategias, técnicas o patrones para el cuidado de los niños, tomando en cuenta las necesidades principales de la familia del niño.

La palabra crianza viene del latín *creare*, que significa orientar, instruir y dirigir, (Medina 2006).

La forma en que los padres adopten estilos de crianza hacia el niño, depende del tipo de relación que se ha establecido entre los padres e hijos. Esta relación puede verse influida por muchos factores; el temperamento del niño, como ven los padres a su hijo, el grado de amor y preocupación expresado por los padres. Lo que los padres crean sobre el comportamiento aceptable de los niños y sobre sus propias responsabilidades afecta sus

estilos de crianza. No hay dos parejas de padres que vean la responsabilidad de la educación de los niños del mismo modo y no hay dos niños en una misma familia que establezcan la misma relación con sus padres, (Hoffman, 1991).

Hay obvias diferencias entre las culturas por lo que respecta a la manera de cómo se cría a los niños. En gran medida, la cultura en la que crece el niño prescribe tanto los métodos como los contenidos de la socialización, la forma como se le entrenará así como las carencias de personalidad, los motivos, las actitudes y los valores que adquiera.

Ciertas características educacionales se asocian con algunas cualidades de los niños, aunque no se sabe con certeza hasta qué punto pueden llegar a ser afectados.

Los diferentes estilos de ejercer la paternidad, proporcionan ese aviso, ese control firme pero delicado de llevar a cabo la educación, que es lo que le da al niño el sentido de seguir en una dirección, pero como siempre, hay extremos, y existe un sin número de autores que mencionan los diversos estilos de educar a sus hijos. Por ejemplo Baumrind, Papalia, Ellen A., Kubli, Mussen, Adler, quienes se mencionarán mas adelante.

La conexión entre los estilos de crianza de los padres y las personalidades de los niños aparecieron en un estudio longitudinal de Diana Baumrind (1967, 1986), en el curso de su estudio recopiló información de los padres a través de entrevistas, tests estandar y observaciones en el hogar. Observó a los niños en la guardería y habló con los profesores y los padres, cuando cumplieron 8 y 9 años los volvió a estudiar, para ver si las características que había observado en la guardería todavía continuaban.

Baumrind encontró cuatro patrones principales de crianza: **Autoritario, Permisivo, Democrático, y de Negligencia- rechazo.**

Los **padres autoritarios** no son receptivos y son exigentes; ven la obediencia como una virtud. Cuando las acciones o creencias de los niños entran en conflicto con los puntos de vista de los padres sobre la conducta adecuada, el niño es castigado empleando el poder de la fuerza. El respeto a la autoridad, el trabajo y la conservación del orden son importantes. Los padres esperan del niño que acepte las cosas, sin cuestionar si su palabra es correcta.

Los **padres permisivos** son receptivos y no son exigentes. Evitan rotundamente el control físico, solo confían en la razón y consultan con el niño sobre como se han de hacer las cosas. Los padres permisivos aceptan todo y son afirmativos; piden poco de sus hijos en lo que respecta a las responsabilidades en el hogar y la conducta ordenada. Los niños no son forzados a obedecer las reglas impuestas por otros.

Los **padres democráticos** son receptivos y exigentes, creen que es necesario el control, pero utilizan la razón y el poder de la fuerza para conseguirlo, emplean métodos racionales y orientados a una meta y exhortan a un intercambio verbal. La meta es conseguir que el niño esté conforme con la responsabilidad de aceptar las normas del grupo sin perder su propia independencia.

Los **padres que rechazan y son negligentes** no son receptivos ni exigentes. A estos padres sus hijos parecen serles indiferentes; su meta parece ser pasar el menor tiempo posible con ellos y realizar el menor esfuerzo posible. Este tipo de padres no presta mucha atención a ningún aspecto de las funciones educativas que les suponga algún tipo de molestia, y por lo tanto los niños se encuentran con normas concernientes a la agresión o a hacer los deberes, (Maccoby y Martín, 1983; cit. en Hernández 1990).

Cada uno de estos regímenes afectó de alguna manera la vida de los niños, con los años se encontraron algunos efectos de los estilos educativos, (Baumrind, 1978).

Los hijos de los padres autoritarios eran seguros socialmente, pero tenían una baja capacidad cognitiva. Los hijos de los padres permisivos, destacaban en responsabilidades sociales pero su capacidad cognitiva era baja, y disminuían sus puntuaciones en todas las áreas del desarrollo como responsabilidad social, seguridad y capacidad cognitiva.

Los hijos de los padres democráticos parecían ser los más competentes, solían ser independientes y responsables seguros de sí mismos. Según Baumrind, estos niños eran también responsables porque les exigen cosas realistas y también demostraron una gran capacidad cognitiva.

En algunas investigaciones se sugiere que el comportamiento maternal está más estrechamente unido con el comportamiento agresivo y problemático de ellos, (Rothbaum y Weisz 1994; cit. en Akoun y Bernard 1983).

Papalia (1985), menciona a Baumrind agregando tres estilos más a la anterior clasificación.

a) **Tolerante:** Exige poco de sus hijos, les permite regular sus propias actividades

tanto como sea posible y procuran no imponer sus propias normas.

b) **Autoritativo:** trata de dirigir sus actividades de manera racional, presta más atención a las cuestiones en sí que al temor del niño, ejerce un control firme cuando lo considera necesario, pero explican sus razones y mencionan su punto de vista y fomentan un intercambio verbal de manera que los niños se sienten en libertad de expresar sus objeciones a la política de sus padres (democracia). Son cariñosos consistentes, exigentes y respetuosos, pero firmes en el mantenimiento de sus propias

normas y dispuestos a imponer castigos limitados en ciertas ocasiones.

c) **Amoroso:** fomenta la independencia y la individualidad, enriquece el mundo de

los niños y es rebelde a los conformismos. Enfoca su atención en obtener un cierto grado de armonía en el hogar y desarrolla principios para resolver las diferencias. Procura crear un ambiente en el que todos los miembros de la familia pudieran funcionar desde el punto de vista ventajoso en el que al reconocer las diferencias de poder no establezcan en el niño un lugar de desventaja.

Ellen A. Strommen y cols. (1989 cit. en Reyes Díaz 1995), mencionan una clasificación parecida a la anterior:

a) **Padres permisivos:** Son aquellos que creen que a los niños se les debe dejar crecer y desarrollarse sin ninguna interferencia por parte de las personas adultas.

Piensan que no debe existir ninguna disciplina o castigo físico.

Este tipo de padres suelen tener hijos que resisten a relacionarse con personas adultas y suelen ser hijos menos competentes.

b) **Autoritario:** Consideran un sin número de reglas, la disciplina es lo esencial.

Sus

hijos son más dependientes.

c) **Autoritativo:** Conceden a sus hijos demasiada libertad, pero al mismo tiempo establecen ciertas normas y reglas de conducta que se deben mantener en vigor fielmente. Inducen al razonamiento como técnica principal de su disciplina, sus hijos son independientes y socialmente responsables.

Kubli (1988), considera algunas de las anteriores posiciones mencionadas como extremistas, las cuales pueden ir en contra de los valores u objetivos que se han propuesto para el logro de sus metas, provocando mucho dolor en el aprendizaje e interacción, y su clasificación es la siguiente:

a) **Pasiva:** Permiten que sus hijos hagan lo que deseen, lo cual suele traer resultados no satisfactorios en la formación de los hábitos importantes para los niños. Hace víctimas a los padres, pensando que al corregirse al niño se puede ocasionar algún “trauma”, o que “así es el niño”, “así nació”, por lo tanto creen que es mejor no intervenir y esperar que se dé cuenta por sí mismo. Aceptan que sus hijos violen sus derechos y esperan que algún día aparezcan los valores que desean ver en sus hijos, los cuales no adquirirán fácilmente.

b) **Autoritaria:** Se establece un ambiente demasiado controlado, exigente y castigador. Solo lo perfecto está bien, el acierto es el deber, el error debe ser siempre detectado y corregido, se debe castigar cualquier violación a las reglas, por mínimo que esta sea. Esta posición viola los derechos del hijo y regularmente no da buenos resultados.

c) **Circular** la combinación de las otras dos anteriores. Los padres suelen desplazarse de un lado a otro en períodos muy cortos, lo que provoca descontrol y desconcierto, resentimiento y frustración.

Cuando actúa pasivamente, tolera varias veces algo que le desagrada, hasta llegar a explotar y así pasar el extremo autoritario. En ocasiones suele sentirse mal por haber regañado o castigado en la forma que lo hizo, suprimiendo o compensando el castigo con acciones del extremo pasivo, lo cual crea confusión y desconfianza en el hijo que poco a poco va perdiendo el respeto a sus padres.

Mussen (1990), su clasificación esta basada en el hecho de que considera que la conducta de los padres no es unidimensional. Menciona que algunos padres aman, otros no quieren a sus hijos, pueden ser dominantes y amorosos a la vez, o bien, amorosos y permisivos. Pueden rechazarlos y controlarlos o rechazarlos y ser permisivos.

La respuesta del niño no dependerá simplemente del desempeño de la conducta y personalidad de los padres. Sino, más bien del efecto combinado de muchos aspectos de las mismas.

Indica que el término que se ha manejado (permisivo) difiere de un autor a otro. Sugiere que son dos dimensiones que ocurren con mayor regularidad:

- a) amor- hostilidad
- b) Control-Autonomía.

Mussen diseñó un modelo hipotético para representar gráficamente la clasificación de la conducta de los padres (Figura 3)

Becker (1996: cit. en Mussen 1990), del modelo hipotético que presenta Mussen agregó una tercera dimensión mediante la distinción de dos aspectos del eje Control-Autonomía:

- a) Restrictividad- Permisividad
- b) Comprometimiento emocional Ansioso-Despego tranquilo.

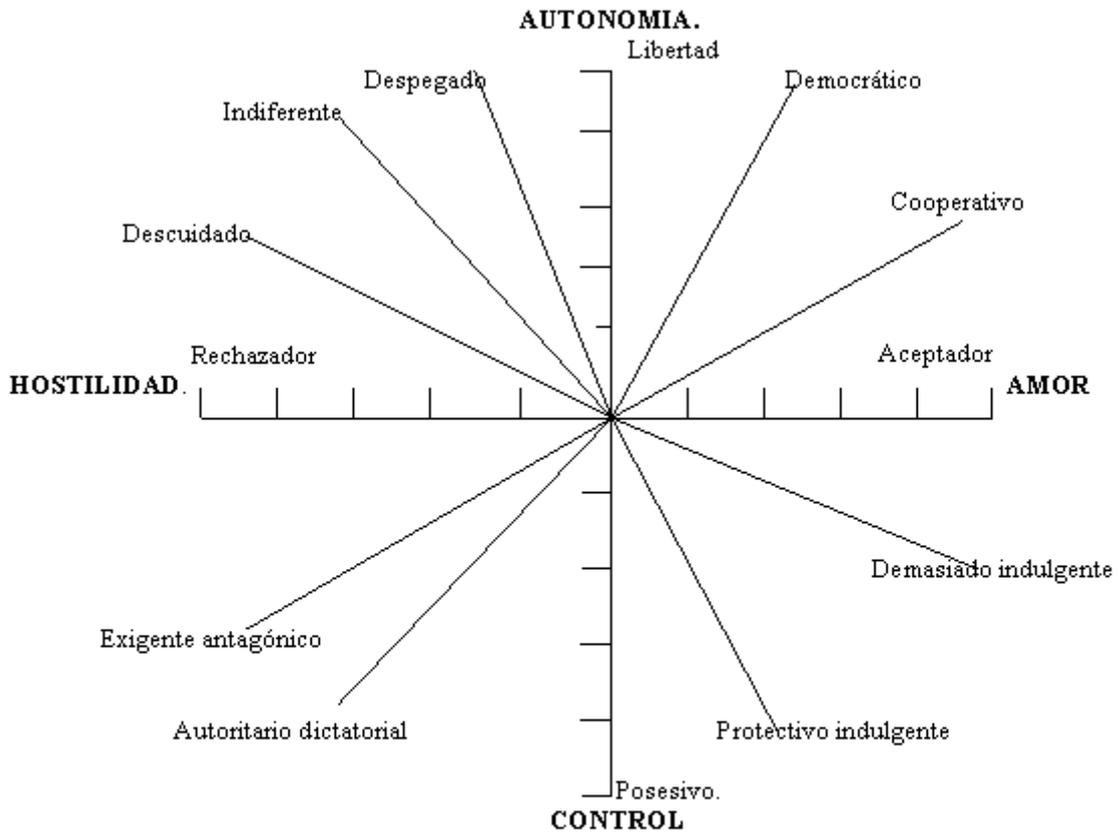


Fig. (3) Modelo Hipotético de los conceptos de la conducta.

Las características que señala en su clasificación son las siguientes:

a) **Afectivo-hostilidad.** Definida como la conducta de los padres que aceptan, son afectuosos, aprueban, comprenden, ponen interés en el niño hacen uso de explicaciones y razones para imponer la disciplina, emplean el elogio para que la disciplina se establezca y emplean poco castigo.

b) **Control- Autonomía:** También lo llama Restrictividad-Permisividad.

Define la restrictividad al hecho de que los padres impongan demasiadas limitaciones

a los hijos, cuando les hacen cumplir las normas en materia de: juego sexual, conducta recatada, modales en la mesa, limpieza, orden, cuidado de los muebles de la casa, ruido, obediencia, agresión a los hermanos compañeros y padres.

Algunos estudios realizados sugieren que este medio de enseñanza, debido a que tiende a producir contra-hostilidad y agresión, tanto en los sentimientos como en la conducta de sus hijos. De igual manera, la restrictividad tiende a fomentar conductas inhibidas.

c) **Afectuoso-Permisivo:** Comenta que es el menos recomendable para la crianza de los hijos. Sin embargo, suelen tener hijos cordiales, seguros de sí mismos, independientes y dominantes de su medio ambiente.

Se considera que debe existir un equilibrio entre una conducta cooperativa, responsable y disciplinada, con una confianza emocional, el cual se produce cuando la disciplina es firme, consistente y flexible.

Adler menciona una serie de consejos para criar niños sanos, de los cuales se presentan a continuación de manera resumida por Dreikurs y Soltz (1964: cit. en Clonninger 2003).

Consejos para criar niños sanos, derivados del enfoque de Adler.

- Aliente al niño en lugar de solo castigarlo.
- Sea firme pero no dominante.
- Muestre respeto por el niño.
- Mantenga la rutina.
- Ponga énfasis en la cooperación.
- No le preste demasiada atención al niño.
- No se involucre en luchas de poder con el niño.
- Muestre acciones, no sólo palabras.
- No ofrezca excesiva simpatía.
- Sea consistente.

Algunos de los puntos más críticos de Adler fueron dirigidos hacia el **consentir** de los padres. Los niños que son tratados con indulgencia en demasía llegan a esperar que los demás abastezcan sus necesidades. Son en una palabra niños malcriados. Por último, debido a que el mundo real es mucho menos indulgente de lo que ellos llegan a demandar, no serán amados. En este punto Adler criticó la teoría Freudiana como la

construcción de un niño consentido, un niño malcriado sería el prototipo de un complejo de Edipo universal en el cual el niño quisiera una posesión total de la madre

El **descuido** de los padres también contribuye a un desarrollo desadaptado. Los niños que han sido descuidados, incluidos los huérfanos, los no deseados y los ilegítimos probablemente creerán que los demás no los apoyan, para ellos las tareas de la vida parecerán abrumadoramente difíciles. Los niños descuidados, como también los niños con quienes han sido sobreindulgentes, pueden convertirse en sumamente dependientes de los demás por el reconocimiento y el nutrimento.

Psicólogos como Covell, Grusec y King (1995: et al.), están de acuerdo en que los niños necesitan crecer con la capacidad de amar, disfrutar, realizarse, asumir sus responsabilidades y autocontrolarse, aunque refieren que muchos imponen a sus hijos la misma disciplina que sus padres les impusieron a ellos, y por desgracia cometen los mismos errores que sus padres. Ellos consideran que, los dos elementos fundamentales de un buen estilo parental, son la comunicación y la disciplina, pero que en ambos debe haber un equilibrio entre libertad y orientación y para que alcancen un sano equilibrio se debe tener una congruencia, entre lo que se dice y lo que se hace. Una disciplina congruente brinda al niño un sentido de seguridad y de estabilidad. La incongruencia crea para él un mundo inseguro e impredecible.

Fontenelle (1989 op. cit.), cita algunos ejemplos de incongruencia, que deben evitarse.

- Decir una cosa y hacer otra.
- Decir algo que no tiene la intención de cumplir.
- Exagerar las consecuencias.
- Cambiar un no por un si para tranquilizar a un niño insistente.
- No comprobar si el niño hizo lo que se le pidió.
- Contradecir las reglas que su cónyuge estableció.
- No decir las cosas en forma terminante.
- Reaccionar de modo distinto ante un mismo mal comportamiento.

Una disciplina incongruente enoja al niño y lo confunde porque no puede controlar las consecuencias de su conducta.

También se habla de un tipo de disciplina constructiva, esto es, en el momento de llamarles la atención o castigarlos, que sea con cautela y definir claramente el acto en el momento del castigo y no la desaprobación al niño. De igual manera que el castigo nunca debe ser demasiado duro ni ofensivo y mucho menos cuando se está enojado. El castigo debe consistir en reprender o eliminar privilegios y dará mejores resultados si se aplica de inmediato. Definir claramente lo que se va a castigar, los castigos físicos, lejos de corregir, el niño se sentirá confundido y atemorizado y además pierde eficacia después de los 5 años pues tienden a humillar al niño y a generar resentimientos. Las nalgadas o castigos físicos reservarlos para situaciones que puedan poner en peligro su vida. Y se obtendrán mejores resultados si al niño se le premia cuando se porta bien, que si se le castiga cuando se porta mal, (Coon, 2005).

Los padres tienen una influencia importante en los niños y se les puede enseñar mejores técnicas. Actualmente ya se proporcionan guías extensas para la crianza de los niños, especialmente los cuidados para evitar consentirlos.

Después de revisar los diferentes estilos de crianza que se han investigado por diversos autores, podemos decir que definitivamente son demasiadas las formas a emplear para la educación de los hijos y, al mismo tiempo, cada una de ellas tiene sus ventajas y desventajas.

Sin embargo la mayoría de los autores coinciden en la definición que dan a sus conceptos, teniendo una variación en la manera en que los han clasificado, por lo que concluimos que la técnica que se seleccione y que ha de ser empleada para la educación de los hijos, dependerá no solo de la que se pudiera obtener mejores resultados, sino también incluir el tipo de personalidad que los padres tienen y, por supuesto, las características de cada uno de los hijos. A este respecto lo que nos interesa en el presente trabajo es más que nada demostrar que los patrones de crianza son factores determinantes para que se dé el autoconcepto y autoestima en el niño, y para que los padres o educadores en cualquiera de los casos sean positivos y practiquen los patrones de crianza de tal manera que estos influyan efectivamente en su desarrollo personal.

6.3 Diversas investigaciones experimentales y aplicadas con respecto al autoconcepto y la autoestima.

Coopersmith (1989), en investigaciones que ha realizado, encontró que la autoestima está asociada significativamente con los sentimientos de satisfacción y el funcionamiento efectivo de la persona.

En una muestra original de cientos de niños varones, blancos, de la clase media, 9 y 10 años de edad, Coopersmith seleccionó cinco grupos en los que incluyó aquellos que tuvieron puntuaciones altas en cada una de las tres medidas de autoestima (su inventario de autoestima, las evaluaciones de los maestros acerca de las relaciones de los niños ante el fracaso, confianza en sí mismos en situaciones nuevas, y puntuaciones en la prueba de percepción temática (TAT). Se les estudió a profundidad utilizando diversas pruebas, y se encontró que los niños con alta autoestima confiaban en sus propias percepciones y juicios, esperaban tener éxito en tareas nuevas e influir en los demás y expresaban con facilidad sus opiniones. También tenían mejor desempeño en la escuela y era más frecuente que los niños los eligieran como amigos que a los niños con baja autoestima; tenían una perspectiva realista acerca de sí mismos y de sus capacidades, no se preocupaban en cuanto a la crítica y disfrutaban participar en actividades. En contraste, los niños con baja autoestima eran un grupo de niños aislados, temerosos, se negaban a participar, tímidos, hipersensibles a la crítica, se menospreciaban de manera consistente, tendían a un desempeño bajo en clase y se preocupaban de sus propios problemas.

Coopersmith explicó las diferencias, con base a un cuestionario y entrevistas a profundidad con las madres, además de entrevistas con los niños acerca de los métodos de crianza de sus padres, encontró diferencias significativas entre los dos conjuntos de padres.

Las condiciones óptimas para el desarrollo de una alta autoestima parecen implicar una combinación entre establecimiento firme de límites para la conducta de los niños y una buena cantidad de aceptación de la autonomía y libertad del niño dentro de esos límites. El manejo firme ayuda al niño a desarrollar controles internos firmes y un ambiente social estructurado y fácil de preceder ayuda al niño a enfrentarse de manera efectiva con el ambiente y, por ello, a sentirse “en control” del mundo (más que controlado por él).

Coopersmith les dio seguimiento a los niños hasta que llegaron a la adultez y encontró que los niños con alta autoestima tuvieron de manera constante un mejor desempeño que los niños con baja autoestima y resultaron más exitosos en términos educativos y vocacionales.

Diana Baumrind (1978), realizó un estudio en el que seleccionó a algunos niños que estaban contentos consigo mismos (seguros, controlados y dinámicos) y los comparó con otros niños que tenían una baja autoestima, poca curiosidad y conducta exploratoria y seguridad bajas. Los niños con mayor autoestima, seguridad y tendencia exploratoria tenían padres con la misma combinación de características que Cooper Smith encontró que los niños menos seguros y afectivos, era probable que tuvieran padres tolerantes; los niños más positivos y competentes tendían a tener padres autoritarios; y los niños de padres democráticos se encontraban en medio de ambos.

Janis (1954; cit. en Coopersmith, 1989), condujo una investigación que lo llevó a concluir que las personas con baja autoestima son más sumisas y menos capaces de distinguir estímulos amenazadores, y son menos capaces de resistir la presión social. Así mismo las personas con alta autoestima son más propensas a asumir roles activos en los grupos, a expresar sus puntos de vista con frecuencia y de manera efectiva, están menos invadidas de temores y ambivalencia, menos preocupadas por sentimientos de duda y desórdenes de personalidad, y se conducen más directa y realistas en sus metas.

En general, las investigaciones sobre el autoconcepto han encontrado diferencias entre el grado de autoestima y el logro académico. En investigaciones realizadas por Mestre y Frías (1996) López y Domínguez (1993), los datos señalan una relación entre baja autoestima y bajo logro académico, estando además relacionados, el fracaso escolar y la depresión. Se piensa que la causa de la baja autoestima y depresión, es el ambiente escolar ya que este plantea al niño exigencias inadecuadas para sus capacidades o, por el contrario, es la depresión y la baja autoestima las que conducen al bajo rendimiento y a la falta de concentración, ya sea por un caso o por otro, la depresión, el fracaso y la autoestima están asociados.

Rampel y Blingham (1975, cit. en Verduzco 1989), el hombre basa su autoestima sobre todo en su aprobación personal, mientras que la mujer se apoya más en los juicios

de otros. Desde este punto de vista, la autoestima de la mujer es más sensible a las apreciaciones ajenas que el hombre.

La autoestima baja implica también un alto nivel de ansiedad (estado de aprehensión y tensión física). Morris Rosenberg (1963; cit. en Fernández, 1995), encontró que los niveles bajos de autoestima están asociados más frecuentemente a síntomas psicossomáticos, como insomnio, nerviosismo, sudoración, que son síntomas indicadores de ansiedad, incluye; dependencia, necesidad de aprobación, indefensión y hostilidad enmascarada; y de acuerdo con Coopersmith, apatía, aislamiento, indeseabilidad, evitación y pasividad.

Partiendo de los estudios de Coopersmith, señala que los individuos con baja autoestima temen arriesgarse por temor al fracaso, se preocupan por lo que los demás piensan sobre ellos y son capaces de enfrentar las demandas que se les anteponen.

Representantes de la terapia racional emotiva como son Daley y Burton (1983; cit. en Verduzco 1989), afirman que el desarrollo de la baja autoestima se ha asociado a algunos pensamientos irracionales como son: la excesiva necesidad de aprobación, el perfeccionismo, la evitación de los problemas y la preocupación excesiva.

En otros estudios (Quimby, 1984 y Shaw Alves, 1984; et. al. 1989), manifiestan que los estudiantes que no están seguros de sí mismos o que esperan fracasar se inclinan a no intentar un mayor esfuerzo y a darse por vencidos.

En este capítulo se reunieron una serie de formas con respecto a las prácticas parentales de crianza y los ambientalistas como Diana Baumrind y Martín Offman, sostienen que las pautas de la conducta parental y orientación adulta sí que son importantes ya que los diferentes estilos y prácticas de crianza infantil pueden producir diferencias muy grandes en los resultados evolutivos de los niños y adolescentes incluso, (Tierno, 2003).

En base a las investigaciones revisadas, los estilos parentales ofrecen una influencia significativa en los niños que se están desarrollando y apuntan a dos conclusiones generales que se apoyan firmemente.

Que los individuos en desarrollo progresan en relación a su personalidad si quienes cuidan de ellos los acogen con cariño, y que una actitud fría y distante (o rechazante) por parte de los cuidadores tiene como consecuencia resultados pobres en el caso del autoconcepto y autoestima.

CONCLUSIONES

La familia sirve como unidad social primaria, en donde los padres actúan como agentes socializadores y proveen actitudes y valores de los cuales el niño sacará pautas de conducta que le servirán mas adelante en su relación con otros.

Es importante resaltar el papel de la paternidad en la vida de los hijos, puesto que su funcionamiento y las relaciones que se establezcan, repercutirán en la construcción de un autoconcepto positivo y la mejoría de su autoestima, aspectos entre otros más, que pueden ser importantes para un desarrollo sano.

Los padres suelen emplear métodos de crianza, que muchas veces consideran que son los correctos o bien, generalmente transmiten los mismos estilos por los que ellos fueron educados, o tienen que ver las influencias culturales, sociales, y éticas que han asimilado.

Sin embargo existen en general tres estilos básicos de crianza en los que se basan los padres y sabemos que cada uno afecta a los niños de distinta manera. Diana Baumrind los describe esencialmente en los siguientes términos: el estilo permisivo “tiene como meta otorgarle al niño tanta libertad como sea compatible con su supervivencia física”; el estilo autoritario “valora la obediencia como una virtud y es partidario de restringir la autonomía del niño”; el estilo democrático “trata de orientar racionalmente las actividades del niño hacia el logro de los objetivos.” Tras un estudio de los estilos de crianza en 150 niños Baumrind llegó a la conclusión, que el más efectivo es el democrático.

El papel de los padres es de tal relevancia que no solo sugiere aplicar métodos de crianza efectivos, sino que también implica el cumplimiento de una serie de funciones emocionales básicas, así como de madurez por su parte y el amor por sus hijos, de igual manera se ha dicho que padres sanos crean hijos sanos.

La constancia en el trato implica, un conocimiento profundo del hijo, de sus sentimientos, necesidades, anhelos, virtudes, defectos y limitaciones y este conocimiento sólo puede venir del trato continuo y de compartir el tiempo con ellos, de escucharlos con

paciencia, de mostrar interés, en aquello que les interesa y en última instancia de darse generosamente.

Algunos autores consideran, que es de igual relevancia resaltar que no todos los hijos merecen un trato igual, cada uno es diferente. El ser justo y equitativo con los hijos no está en darles a todos lo mismo, no todos tienen las mismas capacidades o aptitudes.

También es importante remarcar que existen métodos y técnicas relacionadas con la formación de capacidades emocionales y sociales que ayudan al bienestar cotidiano de los niños y que se reflejarán en su vida adulta. Estas habilidades sirven de apoyo para su educación y pueden formar parte de lo que se conoce como Inteligencia Emocional, llegando a ser aún más fundamentales para el éxito en la vida que la capacidad intelectual.

Al respecto Kagan citado en Lawrensen & Chapiro (2000), en estudios mostró que aunque los niños nacen con predisposiciones emocionales específicas, su sistema de circuitos cerebrales retiene por lo menos cierto grado de plasticidad. Pueden aprender nuevas capacidades emocionales y sociales que crearán nuevas vías nerviosas y pautas bioquímicas más adaptables. Sin embargo para efectuar esos cambios los padres se verían en la obligación de cuestionar algunos de sus instintos paternos naturales y actuar en formas diferentes a los hábitos o patrones de crianza habituales. Al respecto concluyó, que la actitud de los padres, ante las predisposiciones emocionales de los niños, influye de manera concluyente y sostuvo la hipótesis de que los padres que enfrentaban a sus hijos a nuevos desafíos y obstáculos, superaron finalmente su problema y los otros niños donde su madre adoptó una actitud sobreprotectora con respecto a situaciones que los perturbaban y calmándolos cuando lloraban, estos últimos seguían teniendo problemas.

El ser padre es la responsabilidad de crear, compartir y regalarle a un ser humano la posibilidad de ser capaz de vivir plenamente y amarse. Y esto hay que tener presente antes de ser padres y durante la crianza de los niños, ya que mejoraría la calidad de su vida.

Históricamente los teóricos de la personalidad se han enfocado al estudio del individuo dejando de lado varios aspectos que actualmente ya se han empezado a considerar con más seriedad, como son; cultura, ambiente, factores biológicos como la herencia,

aunque todavía se afirma que hay mucho por hacer para entender de manera adecuada el papel de estas múltiples influencias (determinismo múltiple) en la personalidad. Sin embargo según Cloninger (2003) últimamente los psicólogos han aprendido mucho más sobre la cognición y algunos consideran que la personalidad es influida por nuestras formas de pensar acerca de nuestras capacidades, así como de nosotros mismos y de la demás gente.

Como ya se ha venido señalando, el autoconcepto y la autoestima se forman básicamente de las opiniones de los demás a las que sumamos nuestra propia evaluación de los resultados de nuestras acciones, (Sánchez, 2005).

Diversos autores coinciden en que el rol desempeñado por los padres, es de gran responsabilidad, ya que toda educación que transmitan debe impulsarse finalmente a la independencia de los hijos, por medio de la seguridad en sí mismos y a través de una serie de capacidades que posteriormente le ayudarán a resolver sus problemas.

Hay que destacar que ambos padres tienen las mismas funciones, tienen la misión en común que les asigna su papel, contribuir al desarrollo humano, entre muchos otros aspectos, formar un autoconcepto positivo y elevar la autoestima en cada uno de sus hijos por medio de los patrones de crianza. No solo la madre es la responsable de la educación de los niños, aunque sabemos que desde el nacimiento hasta sus primeros años es importante su relación de afecto materno, pero ambos padres deben estar de acuerdo en el establecimiento de límites y reglas, e ir valorando hasta que punto van a dar efecto, por lo que se ha recomendado, pactar un compromiso para que al niño le rodee un clima de estabilidad y cuales actitudes tener ante él. Finalmente para que se dé un autoconcepto y autoestima en el niño. Coopersmith (1967; cit. en Avila 1998). Llega a la conclusión de que un contexto importante en la formación del autoconcepto y autoestima es la familia y el tipo de interacciones que ocurran entre sus miembros, también ha demostrado que los padres que son emocionalmente estables, tienen hijos con alto grado de autoestima.

Así podemos decir que educar consiste en contribuir para que el menor:

- 🚦 Se sienta querido
- 🚦 Desarrolle su autoestima
- 🚦 Logre un nivel adecuado de independencia.

A medida que el niño va creciendo y se siente estimado y querido, esto equivale a percibirse así mismo como causa de una experiencia positiva en personas distintas a él, (Tierno, 2003).

Para terminar insistiremos en la importancia de la familia como institución educativa de donde proviene cualquier intervención ya sea interna o externa y tiene repercusiones como ya se ha venido señalando sobre el desarrollo y comportamiento de los hijos. El conocimiento profundo de las repercusiones de estas influencias intencionales o no de los estilos educativos que mejor favorecen un tipo de comportamiento de los niños, facilitarán las pautas que se han de seguir en cualquier intervención socioeducativa, (Buendía, 1999).

El vacío que tradicionalmente ha existido en torno a la orientación familiar deben complementarlo los psicólogos de la educación, que han de asumir la orientación hacia los padres sobre su práctica educativa. Algo en lo que se supone ya está formado por el simple hecho de tener capacidad biológica para procrear. Sería importante ayudar a los padres a hacer explícitos sus conocimientos sobre el desarrollo y la educación, de tal forma que puedan ser contrastados con otros y de esta manera elegir conscientemente la mejor línea de actuación y reducir la inseguridad en los niños entre otros aspectos.

BIBLIOGRAFÍA

- 1.- Avila, V. (1988). *Psicología de la familia*. México: UNAM.
- 2.- Akoun, A.; Bernard, C. & Bernard M. (1983). *Los grandes del inconsciente*. Bilbao: Mensajero.
- 3.- Bandura, A. (1977). Self-efficacy: *Toward a unifying theory of behavior change*. *Psychological Review*, 84 (2), 191-215.
- 4.- Bandura, A. (1992). *Aprendizaje social y Desarrollo de la personalidad*. Madrid: Alianza.
- 5.- Baumrind, D. (1986). *Parental control and parental love children*. *Youth and Society*, 12, 230-234.
- 6.- Baumrind, D. (1978). *Parental patterns and social competence in children*. *Youth and Society*, 9, 239-276.
- 7.- Bee, H. (1990). *Desarrollo del niño*. Universidad de Washington: Harla.
- 8.- Branden, N. (1993). *El respeto hacia uno mismo*. Barcelona: Paidós.
- 9.- Branden, N. (1993). *El poder de la autoestima*. Barcelona: Paidós.
- 10.- Burns, R. (1982). *Self-concept development and education*. Gran Bretaña: Henry Ling
- 11.- Buendía, J. (1999). *Familia y psicología de la salud*. Madrid: Pirámide.
- 12.- Clarck, A.; Clemens, H. & Bean, R. (2000). *Como desarrollar la autoestima en los adolescentes*. Los Ángeles California: Debate.

- 13.- Cloninger, S. (2003). *Teorías de la personalidad*. México: Mc. Graw Hill.
14. - Coon, D. (2005). *Psicología*. México: Tomson.
- 15.- Coopersmith, S. (1989). *The antecedents of self esteem*. San Francisco: W. H. Freeman.
- 16.- Escamilla, R (1996). *Influencias que inciden en el autoconcepto, la autoestima y la identidad sexual en el desarrollo de la niñez temprana*. Tesis de licenciatura. UNAM, México.
- 17.- Fernández, E. (1995). *Psiquiatría*. New York: Mc. Graw Hill.
- 18.- Fernández, F. (1997). *El autoconcepto del individuo que se forma como psicólogo*. Tesis de licenciatura. UNAM, México.
- 19.- González, P. y Pérez A. (1992). *Procesos de comparación externa e interna, autoconcepto y rendimiento académico*. *Revista de Psicología Gral. y Aplic.* 45(1)73-81-
- 20.- Gross, R. (1998). *La ciencia de la mente y la conducta*. Bogotá: Manual Moderno.
- 21.- Hall, C. & Lindzey G. (1970). *La teoría del sí mismo y la personalidad*. México: Paidós.
22. - Harvey, F.; & Clarizio, M. & George, F. (1976). *Psicología infantil*. México: Manual Moderno.
23. - Harvey, F.; Clarizio, M. & George F. (1996). *Transtornos de la conducta del niño*. México: Manual Moderno.

- 24.- Hernández, G.; Soto, M. y Soria (1990). *Relaciones breves entre madre e hijo: Ansiedad y factores relacionados*. *Revista Mexicana de Psicología*, 7 (1-2), 45-4
- 25.- Hernández, G.; Andrade, P. y Ortega S. (1992). *The influence of maternal parenting styles on child's self concept*. *Internacional Journal of Psychology* 27 (3,4) June/August, 365.
- 26.- Hernández, G. (1999). *Hacia la salud psicológica: Niños socialmente competentes*. México; UNAM.
- 27.- Hoffman, S. (1991). *Psicología del desarrollo hoy*. New York: Mac Graw Hill.
- 28.- Jung, C. (1961). *Arquetipo e inconsciente colectivo*. México: Paidós.
- 29.- Kubli, E. (1998). *Padres positivos*. México: Pax.
- 30.- Lawrence, E. & Shapiro (2000). *La inteligencia emocional de los niños*. México: Grupo Zeta
- 31.- López, F.; Etxebarria, I. y Fuentes J. (1999). *Desarrollo afectivo y social*. México: Pirámide.
- 32.- López, N. y Domínguez, R. (1993). *Medición de la autoestima en la mujer universitaria*. *Revista Latinoamericana de Psicología*. 2(2), 252-273.
- 33.- Mestre, E. y Frías, N. (1996). *La mejoría de la autoestima en el aula; aplicación de un programa para niños en edad escolar*. *Revista Mexicana de Psicología*, 49 (2) 279-290.
- 34.- Mussen, P. (1990). *Desarrollo de la personalidad del niño*. México: Trillas.

- 35.- Myers, D. (1995). *Psicología*. Michigan: Médica Panamericana.
- 36.- Papalia, E. (1985). *Psicología del desarrollo*. México: Mc. Graw Hill.
- 37.- Papalia, E. Wendkos, O. (1997). *Desarrollo humano*. Bogotá Colombia: Mc Graw Hill.
- 38.- Piaget, J. (1995). *Seis estudios de psicología*. Colombia: Labor.
- 39.- Pick, S.; Givaudan, M. y Martínez, A. (1995). *Aprendiendo a ser papá y mamá (de niños y niñas desde el nacimiento hasta los 12 años)*. México: Planeta.
- 40.- Reyes, D. (1995). *Análisis de los patrones de crianza y el temperamento/infantil*. Tesina de psicología. UNAM. México.
- 41.- Rodríguez, M. (1988). *Autoestima; clave del éxito personal*. México: Manual Moderno.
- 42.- Rogers, C. (1977). *El proceso de convertirse en persona*. Buenos aires: Paidos.
- 43.- Sánchez, L. (2005). *Manual de tutorías para la educación superior*. México: UNAM.
- 44.- Santin, H. (1996). *La autoestima en el niño disléxico*. Tesis de maestría. UNAM. México.
- 45.- Shea, T. & Bauer, A. (2000). *Educación especial; un enfoque ecológico*. México: Mc Graw Hill.
- 46.- Steinem, G. (1996). *Revolución desde dentro*. México: Océano.
- 47.- Tierno, B. (2003). *Todo lo que necesitas saber para educar tus hijos*. Barcelona:

Grijalvo.

- 48.- Trianes, V.; Muños, A. y Jiménez, M. (1997). *Competencia social; su educación y tratamiento*. Madrid: Pirámide.
- 49.- Velásquez, G. (2000). *La autoestima y su importancia en el desarrollo potencial*. Tesina de psicología: UNAM: México.
- 50.- Verduzco, A.; Lara, C.; Lancelota, G. y Rubio, (1989). *Un estudio sobre autoestima en niños en edad escolar; datos normativos*. *Revista de Salud Mental*, vol.12, No.3.
- 51.- Villa, A. y Auzmendi, E. (1999). *Desarrollo y evaluación del autoconcepto en la edad infantil*. Bilbao: Mensajero.
- 52.- Xirau, R. (1990). *Introducción a la filosofía*. Méxio: UNAM

DISPONIBLES EN INTERNET:

- 53.- Cortese, A. (2006, martes 12 abril). *Inteligencia emocional; Como pueden ayudar los padres a los hijos a alcanzar un alto nivel de Coeficiente Emocional.(en red) Disponible en [http://www.monografias.com/trabajos15/inteligencia emocional](http://www.monografias.com/trabajos15/inteligencia-emocional) s.*
- 54.- Cuadrado, P. (2006, martes 12 abril). *Inteligencia emocional; (en red) Disponible en [http://www.down21.org/educ_psic/educación emocional/inteligencia _e4.htm](http://www.down21.org/educ_psic/educación%20emocional/inteligencia_e4.htm).*
- 55.- Medina, C. (2006, sábado 25 Marzo). *Inteligencia Emocional (en red) Disponible en <http://www.monografias.com/trabajos15/inteligencia-emocional> .S.*
- 56.- Medina, X. y Olivera, Y. (2006, domingo 19 Marzo). *Patrones de enseñanza para niño (en red) Disponible en [http:/ htm. rincón del vago.com/patrones-de-](http://htm.rincón-del-vago.com/patrones-de-)*

enseñanza-para- niños.html.